



“Ayeres” y hoy: Los patrones de acumulación globales de los últimos 70 años y su correlación con la evolución de la industria argentina

Diego Coatz*, Mariano de Miguel y Leonardo Pataccini*****

Introducción

Hace exactamente 70 años, el mundo se encontraba sumido en el conflicto bélico más dramático y destructivo en la historia de la humanidad. La Segunda Guerra Mundial fue un punto de inflexión insoslayable en la visión que el ser humano tenía del medio que había creado para vivir y de sí mismo. Un evento de semejantes magnitudes solo podía significar una bisagra en la historia de nuestra especie que, a todas luces, representaba el final de una era y el nacimiento de otra nueva. Tal es así que a partir de ella se produjeron profundas mutaciones en la concepción de las condiciones que debían imperar posteriormente. El principal objetivo del nuevo mundo debía ser restablecer y conservar la concordia entre las naciones, para que tal tragedia no volviera a ocurrir jamás.

* Economista Coordinador de INSECAP de UCES y Economista Jefe del Centro de Estudios de la UIA, CEU-UIA. Secretario de SIDbaires. Profesor Asociado de “Macroeconomía” de FCE-UCES y Profesor Adjunto Interino de “Macroeconomía y Política Económica” de la FCE-UBA.

** Director de INSECAP de UCES. Profesor Titular de Macroeconomía FCE-UCES y Profesor Adjunto de Macroeconomía y Política Económica de FCE-UBA. Presidente de la Sociedad Internacional para el Desarrollo Cáp. Buenos Aires SIDbaires.

*** Licenciado en Sociología de la UBA. Docente en la UBA y en la UNLZ. Investigador de INSECAP de UCES y SIDbaires.

La guerra en sí era un ejemplo de que el equilibrio de los años precedentes era intrínsecamente inestable y que había que moverse hacia la búsqueda de un nuevo orden, sustancialmente distinto del anterior. La manera de hacerlo era articulando un sistema de relaciones económicas, políticas y sociales dentro de cada estado y a nivel internacional que actuaran como contención de los potenciales conflictos. Aun antes de que la conflagración hubiera concluido se hacía evidente la necesidad de encontrar este nuevo orden. Este es, justamente, el punto de partida de nuestro trabajo: ese momento de búsqueda apremiante de un nuevo orden mundial *estable*. Hacia 1942, los líderes de las principales potencias mundiales estaban corriendo contrarreloj para que, cuando la guerra hubiera finalizado, un nuevo orden mundial más estable que el anterior, ya se encontrara definido.

Sin embargo, la primera pregunta que surgía era evidente: ¿Qué factores garantizarían la estabilidad del nuevo orden? La primera premisa era simple: no volver a cometer los errores del pasado. Claro que esto implicaba un análisis crítico de las acciones y roles de los principales actores a nivel mundial en los años previos. En segundo lugar, había que adaptarse a la amplia gama de cambios que habían experimentado las sociedades en los decenios anteriores, que abarcaban los aspectos culturales, tecnológicos, políticos, económicos, etc. En otras palabras, era imposible retroceder. La única opción era aventurarse en la búsqueda de un orden completamente nuevo que fuera capaz de satisfacer todas estas exigencias.

Por supuesto que estas profundas transformaciones que se operaban en el ámbito internacional también se reproducirían en el medio local. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial la Argentina comenzaría un profundo proceso de cambio que trastocaría de manera irreversible sus estructuras políticas, económicas, sociales y culturales, en sintonía con lo que ocurría en el resto del mundo, pero también con unas particularidades sustanciales.

Dado que la ocasión que nos convoca es el homenaje a ADE por su 70° aniversario, en reconocimiento a su rol de permanente patrocinadora y mentora de nuestra Universidad, este trabajo pretende mostrar cual ha sido la evolución de la economía mundial, así como la de nuestro país y su matriz industrial, a lo largo de las siete décadas de historia de dicha institución. En este marco,



también se procura comprender cuales son los desafíos que se presentan de cara al futuro para nuestro país y, fundamentalmente, para sus dirigentes empresariales.

En este sentido, nos proponemos analizar los dos patrones de acumulación que han regido la evolución de la economía mundial durante estos 70 años. Estos son, el sistema monetario de Bretton Woods, desde 1945 hasta 1974, y el modelo de la valorización financiera, desde mediados de la década de 1970 hasta la crisis mundial iniciada en 2008. Así mismo, nos ocuparemos de observar cual ha sido la evolución industrial de nuestro país dentro de esos ciclos, dedicando un análisis especial al proceso que comenzó después de la crisis de 2001 por comprenderlo como una instancia superadora, al menos en términos históricos, del patrón de acumulación hegemónico hasta la crisis financiera global.

En nuestra opinión, la relevancia de este trabajo es que puede constituir un humilde pero útil aporte a comprender la actualidad económica doméstica y externa, partiendo desde una perspectiva histórica y holística. Esto se sustenta en que entendemos que solo conociendo nuestro pasado podemos adquirir las herramientas necesarias para entender el presente y trazar un porvenir próspero.

Para alcanzar estos objetivos, abordaremos el análisis de la manera que se expone a continuación:

Presentaremos las herramientas teóricas que utilizaremos para caracterizar los regímenes de acumulación que han actuado como paradigmas de la evolución económica durante los siete últimos decenios. Esto nos permitirá caracterizar los grandes procesos y destacar sus especificidades, así como comprender sus influencias sobre la evolución de los acontecimientos en nuestro país.

En el apartado siguiente haremos una caracterización del Sistema Monetario de Bretton Woods a nivel global, sus principales lineamientos y su evolución, para comprender cual era el marco en el cual la industria de nuestro país desarrolló sus actividades durante esa etapa. Asimismo, haremos una breve reseña de esta última, con sus cambios, logros y limitaciones más importantes.

Posteriormente nos enfocaremos en analizar el agotamiento del régimen de Bretton Woods, sus causas y consecuencias, para pasar a la descripción del surgimiento del nuevo orden que lo reemplazaría, regido por la valorización financiera. Del mismo modo, expondremos sus efectos sobre la economía de nuestro país y sobre, en particular, sobre el sector industrial, hasta el año 2001.

Por último, realizaremos una caracterización de la situación productiva de nuestro país tras la crisis de 2001, para entenderlo como un ejemplo de superación prematura del modelo de valorización financiera. Proseguiremos con el análisis de la situación planteada en el escenario internacional tras el estallido de la crisis financiera de 2008, entendiéndola como un exponente del agotamiento del patrón de acumulación vigente. Y, para finalizar, nos proponemos señalar cuales son los potenciales desafíos y condicionamientos que pueden enfrentar las industrias locales y sus dirigentes de cara al futuro, en el marco global de transición.

Marco teórico

Para conceptualizar lo que entendemos por Patrón o Régimen de Acumulación nos serviremos de las definiciones que han realizado varios economistas. Según Boyer y Saillard, en su trabajo *Teoría de la regulación: Estado de los conocimientos*, Volumen I, existen 3 niveles de análisis fundamentales económico-sociales: el primero de ellos es el Modo de producción; el segundo es el régimen o patrón de acumulación; y el tercero las formas institucionales o estructurales. En este sentido, es preciso destacar que patrón de acumulación se trata de un instrumento analítico que nos permite diferenciar los distintos comportamientos económicos que se suceden en el tiempo, es decir, estudiarlos en una perspectiva dinámica. De este modo, el régimen de acumulación describe una fase exitosa, o sea de alta acumulación de capital dentro de un Modo de producción y es apuntalado por unas formas institucionales determinadas. A su vez, el concepto contrapuesto al de la fase exitosa del régimen de acumulación es el de crisis¹.

¹ Para profundizar en la definición de patrón o régimen de acumulación también nos remitiremos a la definición de Eduardo Basualdo (2007), para quien “Este concepto alude a la articulación de un determinado funcionamiento de las variables económicas, vinculado a una definida estructura económica, una peculiar forma de Estado y las luchas entre los bloques sociales existentes.” E inmediatamente especifica que: “Es preciso indicar que las variables económicas para poder constatar la existencia de un patrón de acumulación de capital deben cumplir dos requisitos: la regularidad en su evolución y la existencia de un orden de prelación entre ellas. [...] La regularidad se refiere a la cadencia que exhibe el recorrido de una variable económica, es decir el ritmo o repetición de determinado fenómeno a intervalos más o menos regulares. [...] Además de la regularidad, para determinar la existencia de un patrón o régimen de acumulación de capital es necesario tener en cuenta el orden de prelación de las variables económicas, es decir la jerarquía que se establece entre ellas, en un doble sentido: la importancia relativa y la causalidad o dependencia entre ellas”. Por su parte, Harvey (1998) define al régimen de acumulación como un patrón que “describe la estabilización en una largo periodo de la asignación del producto neto entre el consumo y///



El concepto de Patrón o Régimen de Acumulación, por tanto, es una herramienta de análisis dinámica que nos permite articular las principales variables de la evolución económica, tanto nacional como internacional, a lo largo de un periodo de tiempo dado. En este marco, el patrón de acumulación actúa como matriz de reproducción de las relaciones sociales específicas de un espacio concreto y en un periodo determinado.

Por su parte, un orden monetario se basa en la existencia de un bien que cumpla precisamente las funciones monetarias. Esto es, como un concepto constitutivo sin el cual el conocimiento de la realidad monetaria no es posible. El dinero es el ente que cumple este rol como medio general de cambio y posee, a su vez, una doble función de numerario y patrón monetario: por un lado, un bien que sirve para expresar el valor de los otros y funciona como unidad de cuenta (numerario); y por el otro, un bien que funciona de regulador del nivel general de precios (patrón). Así, el problema de fondo que enfrenta una economía, hacia el interior o hacia el exterior de sus fronteras, desde la óptica monetaria es el de la definición de un instrumento monetario que cumpla con las funciones enumeradas anteriormente, sobre el que reine la mayor de las confianzas posibles por parte de los sujetos económicos y cuya provisión esté asegurada, a los efectos de llevar a cabo los procesos de producción, circulación y distribución del excedente material de la sociedad.

Hasta la Gran Depresión, el oro había cumplido las principales funciones del dinero, es decir, las funciones de medio de cambio, unidad de cuenta y reserva de valor. Sin embargo, a causa de las medidas proteccionistas que se aplicaron entre la mayor parte de los países del mundo tras el inicio de la recesión, las divisas del mundo fueron abandonando progresivamente su paridad con el metal y este perdió sus cualidades. La realidad económica mundial exigía, desde quince años antes del final de la Segunda Guerra, la consolidación de un instrumento que reemplace

//la acumulación; implica cierta correspondencia entre la transformación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados. Un sistema de acumulación particular puede existir en la medida en que su esquema de reproducción sea coherente.” Pero a su vez señala que para introducir el análisis de los comportamientos de los actores sociales intervinientes es necesaria “una materialización del régimen de acumulación que tome la forma de normas, hábitos, leyes, redes de regulación, etc. que aseguren la unidad del proceso, es decir, la conveniente consistencia de los comportamientos individuales respecto del esquema de reproducción”.

al oro en el cumplimiento de estas funciones. El dorado metal, aunque depositario de una confianza excepcional, obstaculizaba, más que complementar el progreso económico de las naciones capitalistas.

En otro orden de cosas, debemos mencionar que existen diferentes vertientes respecto de lo que se entiende por valorización financiera como modelo de crecimiento económico. En líneas generales, podemos señalar que esta conceptualización es depositaria de la ya mencionada escuela de regulación y es allí donde hunde sus raíces. Las reformas estructurales llevadas a cabo durante los últimos años de la década de los setenta que marcaron el final del sistema monetario Bretton Woods, dieron inicio a un proceso de cambio estructural que redefinió las características de un nuevo patrón de acumulación global. En él el ámbito financiero pasó a ser el dominante y determinar el funcionamiento del ámbito productivo. Esta nueva configuración de las relaciones de fuerza entre la esfera productiva y la financiera es el pilar de lo que se ha denominado como modelo de valorización financiera. Este esquema ha posibilitado que determinados sectores económicos tengan movilicen libremente su capital desde la esfera productiva hacia la financiera y viceversa, aprovechando la variación de las rentabilidades en cada una, según las fases de la evolución en el ciclo económico².

Del mismo modo, el diferencial de rentabilidades existente entre el ámbito productivo y el ámbito financiero ha provocado que las empresas desarrollen nuevas fuentes de financiación, fundamentalmente en los mercados de capitales, en detrimento de los préstamos solicitados a los bancos comerciales, involucrándose progresivamente en las actividades financieras. Este último fenómeno es el que se ha denominado como financiarización. En este marco, las instituciones financieras también experimentaron profundas transformaciones durante los tres últimos decenios. Como

² Tomando como referencia el caso de nuestro país, Arceo y Basualdo (2002) han definido a la valorización financiera como “la colocación de excedente por parte de las grandes firmas en diversos activos financieros (títulos, bonos, depósitos, etc.) en el mercado interno e internacional. Este proceso, que irrumpe y es predominante en la economía argentina desde fines de la década de los años setenta, se expande debido a que las tasas de interés, o la vinculación entre ellas, supera la rentabilidad de las diversas actividades económicas, y a que el acelerado crecimiento del endeudamiento externo posibilita la remisión de capital local al exterior al operar como una masa de excedente valorizable y/o al liberar las utilidades para esos fines”.

consecuencia de esto, los bancos han tenido que adaptarse a esta nueva situación y han abierto nuevas líneas de actividades financieras, pero no solo eso, sino que los bancos comerciales se han visto en la necesidad de asumir mayores riesgos, actuando en la práctica como bancos de inversión, generando beneficios por la vía de las tasas, comisiones y negociando por cuenta propia en los mercados financieros³.

A su vez, dentro de este escenario el endeudamiento externo jugaba un rol clave, puesto que permitía aprovechar el diferencial existente entre las tasas de interés locales e internacionales. La operatoria era sumamente simple, pero no por ello menos efectiva: las divisas ingresaban al país, se cambiaban al tipo de cambio vigente, considerablemente sobrevaluado, y se colocaban en el mercado financiero local, con altos tipos de interés real. Esta simple mecánica arrojaba cuantiosas ganancias para sus ejecutores y contribuía a profundizar los diferenciales de rentabilidad entre las esferas productiva y financiera. Como veremos oportunamente, con estas actividades, en Argentina se inició un ciclo que acompañó a la tendencia global, en que la forma predominante de acumulación fue la valorización financiera ligada a la desindustrialización.

Por ello los factores potencian el ciclo en la crisis financiera reciente de EE.UU. y Europa son en esencia endógenos: las burbujas y las innovaciones derivadas del boom financiero que se desarrollan en las etapas de auge son una consecuencia natural y espontánea de la evolución del sistema financiero. Mucho de los aspectos de la crisis financiera actual reproduce muy nítidamente el esquema de Minsky (1977). Las crisis financieras están precedidas por un período de auge económico y financiero, la percepción del riesgo disminuye y los agentes asumen posiciones de riesgo y el sistema adquiere una creciente fragilidad financiera en donde la esfera real se desliga de la financiera. Cuando cambia el ciclo y como respuesta a la percepción de un riesgo más elevado, las

³ Como señala Lapavistas (2009): “La financiarización [...] ha supuesto un acicate para el fenomenal desarrollo de las actividades de mercado (fondos de inversión, fondos de pensiones, tarjetas de crédito, etc.) de la banca. Amplios sectores de la sociedad se han visto fuertemente implicados en las actividades del sistema financiero formal tanto en términos de crédito (hipotecario y al consumo) como en términos de activos (fondos de pensiones y seguros). Estos desarrollos se deben en gran medida a la eliminación de las provisiones públicas de bienes y servicios que forman parte del salario real: vivienda, sanidad, educación, pensiones, etc.”.

carteras de activos fluyen hacia posiciones líquidas y más seguros. El exceso de demanda de liquidez y termina por hacer estallar la burbuja afectando el *stock* de riqueza y con ello la demanda y la economía real. Incluso la deflación en los mercados financiero reduce la liquidez. Por ello lo que se percibe como una problemática en el sector financiero terminan afectando la economía en su conjunto.

Sin embargo, como pretendemos exponer posteriormente, esta dinámica que en la Argentina funcionó hasta la crisis de 2001, se ha visto superada por la confirmación de un nuevo régimen de crecimiento que analizaremos y definiremos oportunamente. Como veremos, este nuevo patrón posee diferencias diametrales con el de la valorización financiera, que se expresan tanto es sus aspectos económicos, como políticos y sociales.

En síntesis, podemos sostener que con la consolidación de la valorización financiera como patrón de acumulación dominante se han reconfigurado las relaciones entre la esfera industrial, la comercial y la financiera. En esta transformación, el sector de las finanzas ha sido el principal beneficiado. A su vez, las instituciones financieras se han transformado a si mismas para captar beneficios procedentes de la intermediación de transacciones en mercados financieros abiertos. Finalmente, como quedó dicho, también es importante señalar que la financiarización ha implicado cambios sustanciales en el aspecto institucional y en los mecanismos de toma de decisiones de política económica, incluyendo a los Bancos Centrales.

El punto de partida: la economía, la política y la sociedad argentinas al comienzo de los 40

Resulta imposible realizar una descripción ponderada de los grandes rasgos del movimiento de la sociedad argentina en los primeros años '40, sin consignar sumariamente aquellos que definieron la década anterior, marcada a fuego en su inicio por la crisis mundial del 29/30. Para ese entonces, la estructura económica agro exportadora, completamente dependiente del mercado externo (fundamentalmente el inglés), ya estaba en crisis. En este sentido, podríamos decir que la depresión global no hizo otra cosa que mostrarla en sus caracteres más críticos.

Ante la encrucijada, se abrían dos caminos: modificación radical y reversión de todo el dispositivo económico hacia la construcción



y satisfacción del mercado interno, o bien, reajuste del dispositivo existente a las necesidades del mercado externo. Este último fue el camino adoptado y recorrido con gran eficacia por la dirigencia reinstalada en el poder a través de la revolución de Septiembre '30.

El respaldo político del Gobierno de facto surgido en esos años residía en la coalición llamada Concordancia, integrada por conservadores, radicales anti personalistas y socialistas independientes, que le proporcionaron calificados y experimentados cuadros, tanto para el PE como para el Parlamento, fundamentalmente en el ámbito nacional pero también en las principales provincias. El bloque de gobierno tenía entonces plan, programa, cuadros, respaldo institucional y poder político estatal suficiente para establecerse por un tiempo considerable en el poder.

Sin embargo, a pesar del fraude, la impronta oligárquica y la actitud represiva que el gobierno mostró hacia los trabajadores durante más de una década, algo estaba cambiando en el entramado social del país. Algo estaba pasando que todavía no se hacía evidente, pero que estaba produciendo un cambio en la composición de las fuerzas sociales y la guerra mundial sería clave para acelerarlo.

Hacia la segunda mitad de la década de 1930, la economía argentina ya no estaba en crisis, sino en pleno crecimiento, aunque precario y sin las bases dinámicas que le dieran autonomía, pero crecimiento al fin. De hecho, la política de obras públicas nacionales y provinciales puede calificarse de impresionante: basta señalar la construcción de 15000 kilómetros de rutas asfaltadas, con los recursos reunidos por un mítico impuesto de 5 centavos al litro de nafta, o la infraestructura escolar, o de edificios públicos, o de puertos fluviales y marítimos. Entre 1935 y 1939, el país pasó de 38.000 a 50.000 establecimientos industriales; de 400.000 a 530.000 obreros ocupados; de 654.000 HP instalados a 958.000. La ocupación en la industria pasó de base 100 a 124 y el volumen de la producción industrial de base 100 a 158 (en 1943).

A su vez, estos cambios tenían que manifestarse obligadamente en las clases y los diversos actores sociales. Con estas transformaciones se estaba generando un nuevo empresariado y un nuevo estrato de obreros industriales. Entre los primeros, muchos tenían origen obrero y traían a la industria un sentido social. Por el otro lado, los nuevos obreros venían del interior, irrumpían en los



“Ayeres” y hoy: Los patrones de acumulación globales de los últimos 70 años y su correlación con la evolución de la industria argentina

Diego Coatz*, Mariano de Miguel y Leonardo Pataccini*****

Introducción

Hace exactamente 70 años, el mundo se encontraba sumido en el conflicto bélico más dramático y destructivo en la historia de la humanidad. La Segunda Guerra Mundial fue un punto de inflexión insoslayable en la visión que el ser humano tenía del medio que había creado para vivir y de sí mismo. Un evento de semejantes magnitudes solo podía significar una bisagra en la historia de nuestra especie que, a todas luces, representaba el final de una era y el nacimiento de otra nueva. Tal es así que a partir de ella se produjeron profundas mutaciones en la concepción de las condiciones que debían imperar posteriormente. El principal objetivo del nuevo mundo debía ser restablecer y conservar la concordia entre las naciones, para que tal tragedia no volviera a ocurrir jamás.

* Economista Coordinador de INSECAP de UCES y Economista Jefe del Centro de Estudios de la UIA, CEU-UIA. Secretario de SIDbaires. Profesor Asociado de “Macroeconomía” de FCE-UCES y Profesor Adjunto Interino de “Macroeconomía y Política Económica” de la FCE-UBA.

** Director de INSECAP de UCES. Profesor Titular de Macroeconomía FCE-UCES y Profesor Adjunto de Macroeconomía y Política Económica de FCE-UBA. Presidente de la Sociedad Internacional para el Desarrollo Cáp. Buenos Aires SIDbaires.

*** Licenciado en Sociología de la UBA. Docente en la UBA y en la UNLZ. Investigador de INSECAP de UCES y SIDbaires.

La guerra en sí era un ejemplo de que el equilibrio de los años precedentes era intrínsecamente inestable y que había que moverse hacia la búsqueda de un nuevo orden, sustancialmente distinto del anterior. La manera de hacerlo era articulando un sistema de relaciones económicas, políticas y sociales dentro de cada estado y a nivel internacional que actuaran como contención de los potenciales conflictos. Aun antes de que la conflagración hubiera concluido se hacía evidente la necesidad de encontrar este nuevo orden. Este es, justamente, el punto de partida de nuestro trabajo: ese momento de búsqueda apremiante de un nuevo orden mundial *estable*. Hacia 1942, los líderes de las principales potencias mundiales estaban corriendo contrarreloj para que, cuando la guerra hubiera finalizado, un nuevo orden mundial más estable que el anterior, ya se encontrara definido.

Sin embargo, la primera pregunta que surgía era evidente: ¿Qué factores garantizarían la estabilidad del nuevo orden? La primera premisa era simple: no volver a cometer los errores del pasado. Claro que esto implicaba un análisis crítico de las acciones y roles de los principales actores a nivel mundial en los años previos. En segundo lugar, había que adaptarse a la amplia gama de cambios que habían experimentado las sociedades en los decenios anteriores, que abarcaban los aspectos culturales, tecnológicos, políticos, económicos, etc. En otras palabras, era imposible retroceder. La única opción era aventurarse en la búsqueda de un orden completamente nuevo que fuera capaz de satisfacer todas estas exigencias.

Por supuesto que estas profundas transformaciones que se operaban en el ámbito internacional también se reproducirían en el medio local. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial la Argentina comenzaría un profundo proceso de cambio que trastocaría de manera irreversible sus estructuras políticas, económicas, sociales y culturales, en sintonía con lo que ocurría en el resto del mundo, pero también con unas particularidades sustanciales.

Dado que la ocasión que nos convoca es el homenaje a ADE por su 70° aniversario, en reconocimiento a su rol de permanente patrocinadora y mentora de nuestra Universidad, este trabajo pretende mostrar cual ha sido la evolución de la economía mundial, así como la de nuestro país y su matriz industrial, a lo largo de las siete décadas de historia de dicha institución. En este marco,



también se procura comprender cuales son los desafíos que se presentan de cara al futuro para nuestro país y, fundamentalmente, para sus dirigentes empresariales.

En este sentido, nos proponemos analizar los dos patrones de acumulación que han regido la evolución de la economía mundial durante estos 70 años. Estos son, el sistema monetario de Bretton Woods, desde 1945 hasta 1974, y el modelo de la valorización financiera, desde mediados de la década de 1970 hasta la crisis mundial iniciada en 2008. Así mismo, nos ocuparemos de observar cual ha sido la evolución industrial de nuestro país dentro de esos ciclos, dedicando un análisis especial al proceso que comenzó después de la crisis de 2001 por comprenderlo como una instancia superadora, al menos en términos históricos, del patrón de acumulación hegemónico hasta la crisis financiera global.

En nuestra opinión, la relevancia de este trabajo es que puede constituir un humilde pero útil aporte a comprender la actualidad económica doméstica y externa, partiendo desde una perspectiva histórica y holística. Esto se sustenta en que entendemos que solo conociendo nuestro pasado podemos adquirir las herramientas necesarias para entender el presente y trazar un porvenir próspero.

Para alcanzar estos objetivos, abordaremos el análisis de la manera que se expone a continuación:

Presentaremos las herramientas teóricas que utilizaremos para caracterizar los regímenes de acumulación que han actuado como paradigmas de la evolución económica durante los siete últimos decenios. Esto nos permitirá caracterizar los grandes procesos y destacar sus especificidades, así como comprender sus influencias sobre la evolución de los acontecimientos en nuestro país.

En el apartado siguiente haremos una caracterización del Sistema Monetario de Bretton Woods a nivel global, sus principales lineamientos y su evolución, para comprender cual era el marco en el cual la industria de nuestro país desarrolló sus actividades durante esa etapa. Asimismo, haremos una breve reseña de esta última, con sus cambios, logros y limitaciones más importantes.

Posteriormente nos enfocaremos en analizar el agotamiento del régimen de Bretton Woods, sus causas y consecuencias, para pasar a la descripción del surgimiento del nuevo orden que lo reemplazaría, regido por la valorización financiera. Del mismo modo, expondremos sus efectos sobre la economía de nuestro país y sobre, en particular, sobre el sector industrial, hasta el año 2001.

Por último, realizaremos una caracterización de la situación productiva de nuestro país tras la crisis de 2001, para entenderlo como un ejemplo de superación prematura del modelo de valorización financiera. Proseguiremos con el análisis de la situación planteada en el escenario internacional tras el estallido de la crisis financiera de 2008, entendiéndola como un exponente del agotamiento del patrón de acumulación vigente. Y, para finalizar, nos proponemos señalar cuales son los potenciales desafíos y condicionamientos que pueden enfrentar las industrias locales y sus dirigentes de cara al futuro, en el marco global de transición.

Marco teórico

Para conceptualizar lo que entendemos por Patrón o Régimen de Acumulación nos serviremos de las definiciones que han realizado varios economistas. Según Boyer y Saillard, en su trabajo *Teoría de la regulación: Estado de los conocimientos*, Volumen I, existen 3 niveles de análisis fundamentales económico-sociales: el primero de ellos es el Modo de producción; el segundo es el régimen o patrón de acumulación; y el tercero las formas institucionales o estructurales. En este sentido, es preciso destacar que patrón de acumulación se trata de un instrumento analítico que nos permite diferenciar los distintos comportamientos económicos que se suceden en el tiempo, es decir, estudiarlos en una perspectiva dinámica. De este modo, el régimen de acumulación describe una fase exitosa, o sea de alta acumulación de capital dentro de un Modo de producción y es apuntalado por unas formas institucionales determinadas. A su vez, el concepto contrapuesto al de la fase exitosa del régimen de acumulación es el de crisis¹.

¹ Para profundizar en la definición de patrón o régimen de acumulación también nos remitiremos a la definición de Eduardo Basualdo (2007), para quien “Este concepto alude a la articulación de un determinado funcionamiento de las variables económicas, vinculado a una definida estructura económica, una peculiar forma de Estado y las luchas entre los bloques sociales existentes.” E inmediatamente especifica que: “Es preciso indicar que las variables económicas para poder constatar la existencia de un patrón de acumulación de capital deben cumplir dos requisitos: la regularidad en su evolución y la existencia de un orden de prelación entre ellas. [...] La regularidad se refiere a la cadencia que exhibe el recorrido de una variable económica, es decir el ritmo o repetición de determinado fenómeno a intervalos más o menos regulares. [...] Además de la regularidad, para determinar la existencia de un patrón o régimen de acumulación de capital es necesario tener en cuenta el orden de prelación de las variables económicas, es decir la jerarquía que se establece entre ellas, en un doble sentido: la importancia relativa y la causalidad o dependencia entre ellas”. Por su parte, Harvey (1998) define al régimen de acumulación como un patrón que “describe la estabilización en una largo periodo de la asignación del producto neto entre el consumo y///



El concepto de Patrón o Régimen de Acumulación, por tanto, es una herramienta de análisis dinámica que nos permite articular las principales variables de la evolución económica, tanto nacional como internacional, a lo largo de un periodo de tiempo dado. En este marco, el patrón de acumulación actúa como matriz de reproducción de las relaciones sociales específicas de un espacio concreto y en un periodo determinado.

Por su parte, un orden monetario se basa en la existencia de un bien que cumpla precisamente las funciones monetarias. Esto es, como un concepto constitutivo sin el cual el conocimiento de la realidad monetaria no es posible. El dinero es el ente que cumple este rol como medio general de cambio y posee, a su vez, una doble función de numerario y patrón monetario: por un lado, un bien que sirve para expresar el valor de los otros y funciona como unidad de cuenta (numerario); y por el otro, un bien que funciona de regulador del nivel general de precios (patrón). Así, el problema de fondo que enfrenta una economía, hacia el interior o hacia el exterior de sus fronteras, desde la óptica monetaria es el de la definición de un instrumento monetario que cumpla con las funciones enumeradas anteriormente, sobre el que reine la mayor de las confianzas posibles por parte de los sujetos económicos y cuya provisión esté asegurada, a los efectos de llevar a cabo los procesos de producción, circulación y distribución del excedente material de la sociedad.

Hasta la Gran Depresión, el oro había cumplido las principales funciones del dinero, es decir, las funciones de medio de cambio, unidad de cuenta y reserva de valor. Sin embargo, a causa de las medidas proteccionistas que se aplicaron entre la mayor parte de los países del mundo tras el inicio de la recesión, las divisas del mundo fueron abandonando progresivamente su paridad con el metal y este perdió sus cualidades. La realidad económica mundial exigía, desde quince años antes del final de la Segunda Guerra, la consolidación de un instrumento que reemplace

//la acumulación; implica cierta correspondencia entre la transformación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados. Un sistema de acumulación particular puede existir en la medida en que su esquema de reproducción sea coherente.” Pero a su vez señala que para introducir el análisis de los comportamientos de los actores sociales intervinientes es necesaria “una materialización del régimen de acumulación que tome la forma de normas, hábitos, leyes, redes de regulación, etc. que aseguren la unidad del proceso, es decir, la conveniente consistencia de los comportamientos individuales respecto del esquema de reproducción”.

al oro en el cumplimiento de estas funciones. El dorado metal, aunque depositario de una confianza excepcional, obstaculizaba, más que complementar el progreso económico de las naciones capitalistas.

En otro orden de cosas, debemos mencionar que existen diferentes vertientes respecto de lo que se entiende por valorización financiera como modelo de crecimiento económico. En líneas generales, podemos señalar que esta conceptualización es depositaria de la ya mencionada escuela de regulación y es allí donde hunde sus raíces. Las reformas estructurales llevadas a cabo durante los últimos años de la década de los setenta que marcaron el final del sistema monetario Bretton Woods, dieron inicio a un proceso de cambio estructural que redefinió las características de un nuevo patrón de acumulación global. En él el ámbito financiero pasó a ser el dominante y determinar el funcionamiento del ámbito productivo. Esta nueva configuración de las relaciones de fuerza entre la esfera productiva y la financiera es el pilar de lo que se ha denominado como modelo de valorización financiera. Este esquema ha posibilitado que determinados sectores económicos tengan movilicen libremente su capital desde la esfera productiva hacia la financiera y viceversa, aprovechando la variación de las rentabilidades en cada una, según las fases de la evolución en el ciclo económico².

Del mismo modo, el diferencial de rentabilidades existente entre el ámbito productivo y el ámbito financiero ha provocado que las empresas desarrollen nuevas fuentes de financiación, fundamentalmente en los mercados de capitales, en detrimento de los préstamos solicitados a los bancos comerciales, involucrándose progresivamente en las actividades financieras. Este último fenómeno es el que se ha denominado como financiarización. En este marco, las instituciones financieras también experimentaron profundas transformaciones durante los tres últimos decenios. Como

² Tomando como referencia el caso de nuestro país, Arceo y Basualdo (2002) han definido a la valorización financiera como “la colocación de excedente por parte de las grandes firmas en diversos activos financieros (títulos, bonos, depósitos, etc.) en el mercado interno e internacional. Este proceso, que irrumpe y es predominante en la economía argentina desde fines de la década de los años setenta, se expande debido a que las tasas de interés, o la vinculación entre ellas, supera la rentabilidad de las diversas actividades económicas, y a que el acelerado crecimiento del endeudamiento externo posibilita la remisión de capital local al exterior al operar como una masa de excedente valorizable y/o al liberar las utilidades para esos fines”.

consecuencia de esto, los bancos han tenido que adaptarse a esta nueva situación y han abierto nuevas líneas de actividades financieras, pero no solo eso, sino que los bancos comerciales se han visto en la necesidad de asumir mayores riesgos, actuando en la práctica como bancos de inversión, generando beneficios por la vía de las tasas, comisiones y negociando por cuenta propia en los mercados financieros³.

A su vez, dentro de este escenario el endeudamiento externo jugaba un rol clave, puesto que permitía aprovechar el diferencial existente entre las tasas de interés locales e internacionales. La operatoria era sumamente simple, pero no por ello menos efectiva: las divisas ingresaban al país, se cambiaban al tipo de cambio vigente, considerablemente sobrevaluado, y se colocaban en el mercado financiero local, con altos tipos de interés real. Esta simple mecánica arrojaba cuantiosas ganancias para sus ejecutores y contribuía a profundizar los diferenciales de rentabilidad entre las esferas productiva y financiera. Como veremos oportunamente, con estas actividades, en Argentina se inició un ciclo que acompañó a la tendencia global, en que la forma predominante de acumulación fue la valorización financiera ligada a la desindustrialización.

Por ello los factores potencian el ciclo en la crisis financiera reciente de EE.UU. y Europa son en esencia endógenos: las burbujas y las innovaciones derivadas del boom financiero que se desarrollan en las etapas de auge son una consecuencia natural y espontánea de la evolución del sistema financiero. Mucho de los aspectos de la crisis financiera actual reproduce muy nítidamente el esquema de Minsky (1977). Las crisis financieras están precedidas por un período de auge económico y financiero, la percepción del riesgo disminuye y los agentes asumen posiciones de riesgo y el sistema adquiere una creciente fragilidad financiera en donde la esfera real se desliga de la financiera. Cuando cambia el ciclo y como respuesta a la percepción de un riesgo más elevado, las

³ Como señala Lapavistas (2009): “La financiarización [...] ha supuesto un acicate para el fenomenal desarrollo de las actividades de mercado (fondos de inversión, fondos de pensiones, tarjetas de crédito, etc.) de la banca. Amplios sectores de la sociedad se han visto fuertemente implicados en las actividades del sistema financiero formal tanto en términos de crédito (hipotecario y al consumo) como en términos de activos (fondos de pensiones y seguros). Estos desarrollos se deben en gran medida a la eliminación de las provisiones públicas de bienes y servicios que forman parte del salario real: vivienda, sanidad, educación, pensiones, etc.”.

carteras de activos fluyen hacia posiciones líquidas y más seguros. El exceso de demanda de liquidez y termina por hacer estallar la burbuja afectando el *stock* de riqueza y con ello la demanda y la economía real. Incluso la deflación en los mercados financiero reduce la liquidez. Por ello lo que se percibe como una problemática en el sector financiero terminan afectando la economía en su conjunto.

Sin embargo, como pretendemos exponer posteriormente, esta dinámica que en la Argentina funcionó hasta la crisis de 2001, se ha visto superada por la confirmación de un nuevo régimen de crecimiento que analizaremos y definiremos oportunamente. Como veremos, este nuevo patrón posee diferencias diametrales con el de la valorización financiera, que se expresan tanto es sus aspectos económicos, como políticos y sociales.

En síntesis, podemos sostener que con la consolidación de la valorización financiera como patrón de acumulación dominante se han reconfigurado las relaciones entre la esfera industrial, la comercial y la financiera. En esta transformación, el sector de las finanzas ha sido el principal beneficiado. A su vez, las instituciones financieras se han transformado a si mismas para captar beneficios procedentes de la intermediación de transacciones en mercados financieros abiertos. Finalmente, como quedó dicho, también es importante señalar que la financiarización ha implicado cambios sustanciales en el aspecto institucional y en los mecanismos de toma de decisiones de política económica, incluyendo a los Bancos Centrales.

El punto de partida: la economía, la política y la sociedad argentinas al comienzo de los 40

Resulta imposible realizar una descripción ponderada de los grandes rasgos del movimiento de la sociedad argentina en los primeros años '40, sin consignar sumariamente aquellos que definieron la década anterior, marcada a fuego en su inicio por la crisis mundial del 29/30. Para ese entonces, la estructura económica agro exportadora, completamente dependiente del mercado externo (fundamentalmente el inglés), ya estaba en crisis. En este sentido, podríamos decir que la depresión global no hizo otra cosa que mostrarla en sus caracteres más críticos.

Ante la encrucijada, se abrían dos caminos: modificación radical y reversión de todo el dispositivo económico hacia la construcción



y satisfacción del mercado interno, o bien, reajuste del dispositivo existente a las necesidades del mercado externo. Este último fue el camino adoptado y recorrido con gran eficacia por la dirigencia reinstalada en el poder a través de la revolución de Septiembre '30.

El respaldo político del Gobierno de facto surgido en esos años residía en la coalición llamada Concordancia, integrada por conservadores, radicales anti personalistas y socialistas independientes, que le proporcionaron calificados y experimentados cuadros, tanto para el PE como para el Parlamento, fundamentalmente en el ámbito nacional pero también en las principales provincias. El bloque de gobierno tenía entonces plan, programa, cuadros, respaldo institucional y poder político estatal suficiente para establecerse por un tiempo considerable en el poder.

Sin embargo, a pesar del fraude, la impronta oligárquica y la actitud represiva que el gobierno mostró hacia los trabajadores durante más de una década, algo estaba cambiando en el entramado social del país. Algo estaba pasando que todavía no se hacía evidente, pero que estaba produciendo un cambio en la composición de las fuerzas sociales y la guerra mundial sería clave para acelerarlo.

Hacia la segunda mitad de la década de 1930, la economía argentina ya no estaba en crisis, sino en pleno crecimiento, aunque precario y sin las bases dinámicas que le dieran autonomía, pero crecimiento al fin. De hecho, la política de obras públicas nacionales y provinciales puede calificarse de impresionante: basta señalar la construcción de 15000 kilómetros de rutas asfaltadas, con los recursos reunidos por un mítico impuesto de 5 centavos al litro de nafta, o la infraestructura escolar, o de edificios públicos, o de puertos fluviales y marítimos. Entre 1935 y 1939, el país pasó de 38.000 a 50.000 establecimientos industriales; de 400.000 a 530.000 obreros ocupados; de 654.000 HP instalados a 958.000. La ocupación en la industria pasó de base 100 a 124 y el volumen de la producción industrial de base 100 a 158 (en 1943).

A su vez, estos cambios tenían que manifestarse obligadamente en las clases y los diversos actores sociales. Con estas transformaciones se estaba generando un nuevo empresariado y un nuevo estrato de obreros industriales. Entre los primeros, muchos tenían origen obrero y traían a la industria un sentido social. Por el otro lado, los nuevos obreros venían del interior, irrumpían en los

sindicatos con un nuevo espíritu y no se ajustaban a los viejos métodos ni al viejo lenguaje de los dirigentes tradicionales. También se hizo sentir este proceso de industrialización en los sectores del Ejército que actuaban en la Dirección de Fabricaciones Militares. La guerra mundial paralizó la importación de materias primas, maquinarias y armamentos y simétricamente, esos militares impulsaron la explotación minera, la fabricación de maquinarias y armas livianas, contribuyendo significativamente a la producción civil. De tal modo, sin prisa pero sin pausa, se iba conformando un gran agregado social favorable a la neutralidad en la Gran Guerra, con tendencia industrialista y creciente conciencia social, que condenaba sin reservas al fraude electoral.

Con toda certeza, ese movimiento auguraba lo que sucedió el 4 de junio de 1943, aunque quienes vivían ese momento no lo esperaban en absoluto, incluso en niveles prominentes del elenco gobernante: el derrocamiento del Presidente Castillo por parte de un Movimiento Militar Nacionalista y el consecuente acceso al poder de las FF.AA. De la conocida “Revolución del 4 de Junio” devendría el protagonismo del entonces Coronel Perón, electo Presidente en las elecciones generales de Febrero de 1946. Su Justicialismo desató un proceso que cubrió todo el resto del pasado siglo y aún perdura en la actualidad. En sus orígenes, de un golpe dotó de futuro e identidad a la mitad de la población excluida, les mostró sus derechos y les dio las herramientas aptas para hacerlos valer.

De esta manera, es posible situarnos en el clima de la época, dominado por grandes cambios en todos los niveles de la sociedad. No solo se trataba de transformaciones políticas o económicas, sino también culturales e identitarias. De esta manera, el punto de partida de nuestro análisis se inserta en medio de un contexto muy particular, tanto en lo nacional como en lo internacional, a partir del cual se vivirían profundos cambios en la dinámica de la evolución de las variables mencionadas. El mundo que nacía en 1942 tenía muy poco parentesco con sus antecesor inmediato, que estaba agonizando y perecería definitivamente en 1945, con el final de la Segunda Guerra Mundial.

Ayer I: El mundo según Bretton Woods

Incluso antes del final de la Segunda Guerra Mundial ya se hacía evidente la necesidad de diseñar un nuevo orden económico



internacional. El futuro se presentaba como un gran interrogante para los países de Occidente y el camino a seguir no estaba claro, pero no había dudas de que era hora de aventurarse por nuevos rumbos. La nueva era debía mostrar cambios significativos para superar los problemas que había traído el pasado inmediato: nunca antes en su historia la humanidad se había enfrentado a una guerra tan destructiva como aquella ni a una recesión tan profunda y duradera como la que siguió al *crack* de 1929.

Por otra parte, dentro de las distintas alternativas que se presentaban para encarar el periodo de posguerra, una cosa sí estaba clara para los principales responsables: no había que volver a cometer los mismos errores de la primera posguerra mundial. Esta fue la directriz que guiaría todos los pasos dados en el mundo occidental después del conflicto y, justamente inspirada por ese espíritu, surge la primera y sustancial diferencia con respecto a lo ocurrido después de 1918. Ahora Estados Unidos estaba decidido a ejercer un rol protagónico en el nuevo orden, asumiendo el liderazgo económico y político mundial.

Por ello mismo, desde antes del final de conflicto, diversos expertos del país norteamericano comenzaron a trabajar en vistas a diseñar el modelo económico de posguerra y a estos fines celebraron numerosas reuniones con sus pares ingleses, con la intención de establecer puntos de acuerdo respecto de la naturaleza de las relaciones económicas internacionales después de la contienda. Según su criterio, era imprescindible crear instituciones internacionales capaces de tutelar el nuevo orden. De este modo surgiría la Declaración de las Naciones Unidas, aprobada el 1° de enero de 1942, que serviría como precursora a la Conferencia de Bretton Woods.

Los objetivos generales eran compartidos por ambas naciones, pero las dos potencias tenían importantes diferencias en algunos aspectos cruciales del nuevo modelo. Para los representantes norteamericanos el principal objetivo era asegurar la libre circulación de bienes y servicios a nivel global, lo que suponía suspender todo tipo de discriminaciones comerciales y medidas proteccionistas, así como facilitar la ejecución de pagos internacionales. Los negociadores de la Casa Blanca eran conscientes de la posición de su país como principal centro productivo y acreedor del mundo tras el conflicto, y a raíz de ello, velaban por el establecimiento de un orden que se ajustara al rol que Estados Unidos debía desempeñar en él, pero sin perjudicar sus asuntos económicos domésticos.

La postura de los representantes ingleses, por su parte, mostraba algunas divergencias y esto se debía fundamentalmente a que se encontraban influenciados por la doctrina de John Maynard Keynes. En esta línea, su principal objetivo residía en aplicar medidas que priorizaran el ámbito doméstico y que garantizaran la estabilidad del pleno empleo en cada país. Para ello, era importante que el valor de la moneda pudiera ser variable, a fin de que actuara como factor de regulación y se ajustara a las necesidades política económica nacional y de los distintos momentos del ciclo económico. La primera expresión de este proyecto fue plasmada en un informe titulado “Report to the Parliament on Social Insurance and Allied Services, (“Informe al Parlamento acerca de la seguridad social y prestaciones vinculadas”), más conocido como “Informe Beveridge”, en referencia a su autor. Este informe fue publicado a fines de 1942 y sugería la creación de un amplio sistema de seguridad social destinado a garantizarle a la ciudadanía un ingreso cuando el mercado laboral dejara de contar con ellos de manera temporal (desempleo, enfermedad, etc.) o permanente (accidentes, vejez, etc.) El reporte Beveridge argumentaba que ese sistema permitiría asegurar un nivel de vida mínimo mientras sostenía que la asunción por parte del Estado de los gastos de enfermedad y de las pensiones de jubilación, permitiría a la industria nacional beneficiarse de condiciones que podían redundar en un aumento de la productividad, y como consecuencia, de la competitividad.

Estas divergencias fueron finalmente negociadas en los compromisos asumidos durante la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas, que tuvo lugar en el complejo hotelero de Bretton Woods, New Hampshire, del 1º al 22 de julio de 1944. En ella participaron los representantes de 44 países y allí se establecieron las bases de lo que sería el orden económico mundial de la posguerra. Las resoluciones acordadas fueron posteriormente conocidas como los Acuerdos de Bretton Woods y serían las reglas para las relaciones comerciales y financieras entre los países más industrializados que regirían el mundo durante los siguientes treinta años.

Con consonancia con las perspectivas generales, durante los meses previos a Bretton Woods se habían debatido dos propuestas distintas en lo tocante al sistema institucional de la posguerra, una elaborada por Harry White⁴, de los Estados Unidos y la otra

⁴ En la cual, no obstante, se observa la influencia de quien era en ese momento el secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Henry Morgenthau. Al respecto, ver de Miguel y Meza (2011).

era producto del economista Keynes, del Reino Unido. El plan de este último se apoyaba en la creación de un órgano internacional de compensaciones, denominado International Clearing Union (ICU), que sería capaz de emitir una moneda internacional (Bancor) vinculada a las divisas fuertes del mundo capitalista, y canjeable en moneda local por medio de una paridad fija. A través de la ICU, los países con excedentes presupuestarios financiarían a los países deficitarios, vía una transferencia de sus excedentes. De esta manera se tendría la ventaja de hacer crecer la demanda mundial y de evitar la deflación, lo que finalmente sería beneficioso para todos los países. La clave de esta propuesta era que los países acreedores y los deudores estarían obligados a mantener una balanza comercial equilibrada y, en caso de incumplimiento, debían pagar intereses sobre la diferencia, mientras que los acuerdos de los gobiernos permitirían mantener una cuenta cero. La principal oposición surgía de los EE.UU., que no quería estar obligado a gastar su superávit comercial en los países deudores, por lo que este plan no convenía a sus intereses, y aprovechando su mayor influencia política y la situación vulnerable de sus aliados británicos, necesitados de créditos americanos para superar la guerra, presionó para que el plan británico fuera rechazado.

De este modo, fue aprobada una versión levemente modificada del Plan White. Este consistía, por un lado, en la creación de un fondo de estabilización monetaria que brindara créditos bajo ciertas condiciones a países con balanzas de pagos negativas y, por el otro, la instauración de un banco de carácter internacional. En el plan White un desequilibrio fundamental en la balanza de pagos solo podía ser corregido mediante un ajuste en los tipos de cambio, con lo cual serían los países deficitarios los que cargarían con los costos del saneamiento y los superavitarios quedarían exonerados de dichas cargas. A su vez, White abogaba por la instauración de una moneda de referencia internacional como factor de estabilización, función que en tales circunstancias solo podría cumplir el Dólar.

En términos cualitativos, la diferencia subyacente entre la propuesta de Keynes y la de White era que el primero de ellos priorizaba los objetivos nacionales y la salubridad del sistema capitalista en su conjunto frente al naciente escenario de la guerra fría, mientras que el segundo perseguía una estabilización comercial

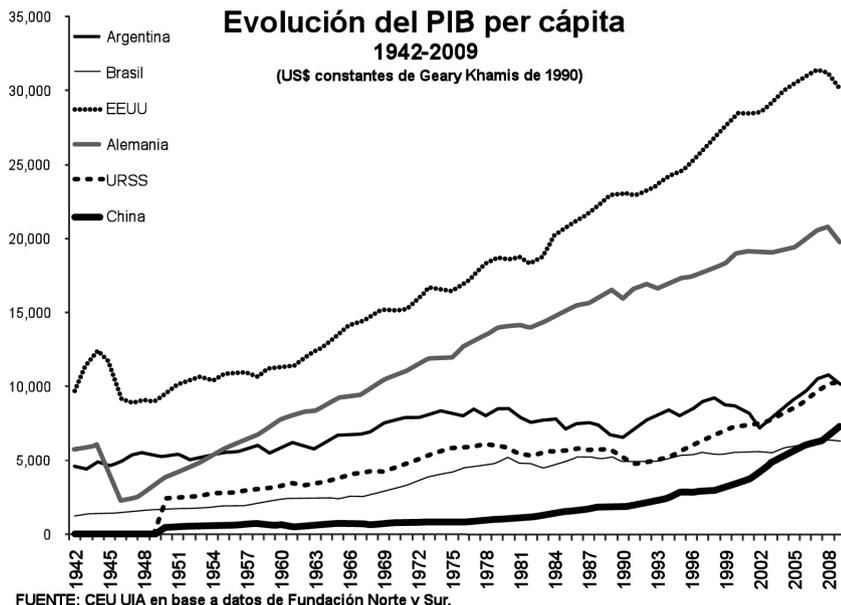
y financiera global, que beneficiaría el crecimiento de su país. Finalmente, como ya lo hemos señalado, el proyecto que se impuso en Bretton Woods fue el propuesto por los EE.UU., cuyo resultado fue la creación del Fondo Monetario Internacional y del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, instituciones ambas que se volvieron operativas a partir de 1946.

De tal manera, los principios básicos que resultaron de los “Acuerdos de Bretton Woods” fueron tres: igualdad entre los países miembros y uniformidad en el tratamiento; estabilidad de las paridades monetarias entre los países miembros; y, libertad de cambios. El dólar, aunque nunca se especificó expresamente, pasó a jugar un papel fundamental en la etapa de aplicación de estos Acuerdos. En efecto, el régimen denominado “patrón cambio oro”, suponía la convertibilidad del dólar al oro a una paridad establecida, por un lado, y, por otro, la referencia de valor de todas las mercancías restantes al dólar.

La evolución de la economía global tras los acuerdos de Bretton Woods

En un profundo contraste con el marco de rigurosa depresión que dominó a lo largo de toda la década de 1930 y la destrucción masiva y difícil reconstrucción que prosiguió a la Segunda Guerra Mundial, en los decenios de 1950 y 1960 la economía capitalista mundial experimentó el mayor y más sostenido crecimiento de toda su historia. Desde la expansión a nivel global del capitalismo, tras la segunda mitad del siglo XIX, nunca había tenido lugar un periodo de bonanza tan extendida ni tan generalizada.

Después de la Segunda Guerra Mundial las tasas anuales de crecimiento de la producción industrial alcanzaron niveles sin precedentes en el mundo occidental. Como señala van der Wee (1997), la tasa de crecimiento media de la producción industrial mundial llegó a la cifra record de 5,6% anual para el periodo 1948-1971. A su vez, si observamos más detenidamente esta tasa, descomponiéndola por países y por décadas, se evidencia que en los dos decenios de 1950-1970 se acelera espectacularmente el crecimiento económico de Europa occidental y de Japón. En conjunto, podemos decir que las tasas de crecimiento se distribuyeron de manera más homogénea y favorable, especialmente durante los años sesenta, que en toda la historia previa del capitalismo.



Las causas de esta nueva realidad económica son diversas, pero debemos buscar su génesis en las condiciones que posibilitaron la recomposición de las secuelas de la Segunda Guerra mundial. Como señala van der Wee:

“El crecimiento acelerado que se produjo después de la guerra deber ser interpretado en primer término como un enérgico movimiento de recuperación. Europa occidental debía recuperar desarrollos que habían sido aplazados por las dos guerras mundiales y la crisis económica mundial. Japón se vio contenido solo por la Segunda Guerra Mundial y por la crisis económica mundial. En cuanto a Estados Unidos, el factor de la recuperación jugó un papel de menor entidad porque el crecimiento retardado por la crisis económica mundial de los años treinta fue parcialmente compensado por el crecimiento de la producción durante la segunda guerra mundial”⁵.

De este modo, es importante remarcar que dicho crecimiento fue producido por la sinergia de la coyuntura y los factores internos y externos que la potenciaron. Para comprender estos resultados

⁵ Ver van der Wee, 1997, p. 47.

es imprescindible comenzar señalando que el incremento de la formación de capital fue uno de los factores fundamentales para posibilitarlo. En el periodo 1950-1970 las tasas brutas de inversión fueron mucho más altas que en las décadas previas: del 15% al 20% del PBI frente al 10% aproximadamente para el periodo de entreguerras. En una primera instancia, esto nos habla de dos factores que serían determinantes para el desarrollo favorable de los ciclos: por un lado, se trata de las expectativas positivas de los empresarios, que se volcaron masivamente a la realización de inversiones productivas internas, alentadas por el respaldo que significaba el nuevo rol de los Estados Unidos a nivel global, como garante y promotor del crecimiento. Por el otro, estas perspectivas halagüeñas nos muestran de una sólida confianza en el desarrollo de la coyuntura en el largo plazo. Para entender esta renovada confianza es imprescindible que tengamos en cuenta ciertos aspectos que exceden el ámbito de lo estrictamente económico pero que están irremisiblemente conectados con él.

Es fundamental apuntar que el crecimiento económico que tuvo lugar después de 1945 dependía de una serie de compromisos entre los actores más importantes del mundo capitalista. Este “contrato social” se conoció como el Gran Acuerdo de Posguerra y su aplicación práctica en el campo de la producción y el consumo fue la economía mixta. Los objetivos de la economía de la misma se sintetizaron en la fórmula del “pentágono mágico”, que incluía pleno empleo, plena utilización de las capacidades productivas, estabilidad del nivel de precios, aumento de las rentas paralelo a un incremento de la productividad del trabajo y equilibrio de la balanza de pagos. Estas medidas se enmarcaban en la doctrina del denominado *Estado Keynesiano*, que se inspiraba en los postulados teóricos del ya mencionado economista británico John Keynes. Muy resumidamente, podríamos decir que este modelo consistía en que el estado debía intervenir en la economía (a través del gasto público y otras medidas de política fiscal) para garantizar un nivel mínimo de Demanda Agregada que evitara la caída en los ciclos de recesión.

Las condiciones alcanzadas a través de la economía mixta fueron esenciales para garantizar la inversión y orientarla en tres grandes direcciones: en primer lugar, hacia los sectores industriales estrechamente vinculados con el desarrollo de la sociedad de consumo (también denominada *de bienestar* por algunos



historiadores económicos). En este grupo se destacaron las industrias de bienes durables (con la industria automotriz en primer lugar). En segundo lugar, grandes cuotas de inversión se dirigían hacia el sector terciario, de modo que los servicios adquirieron un gran impulso. Por último, fueron muy importantes las inversiones privadas que sirvieron para estimular el desarrollo de nuevas regiones industriales dentro de los propios territorios nacionales. En este sentido, es importante señalar que la mayor parte de los sectores industriales ligados al crecimiento económico de la posguerra eran intensivos en capital y en trabajo, por eso los empresarios estaban interesados en buscar zonas menos desarrolladas donde el precio de la fuerza de trabajo fuera más bajo. De esta manera se incrementaban los beneficios al mismo tiempo que se cumplía con los objetivos extender el bienestar a nuevos sectores de la población sin que las inversiones generasen inmediatamente una presión al alza sobre el nivel salarial global. Un buen ejemplo de la ampliación de la demanda de fuerza de trabajo durante este periodo es la significativa caída en los índices de desocupación comparados con la fatídica década de 1930.

La evolución de la economía y la industria argentina

Para comenzar a analizar la evolución de la economía y la industria en nuestro país es necesario retrotraernos brevemente hasta el periodo de entreguerras. Desde entonces, podríamos identificar tres grandes etapas en el proceso de industrialización, con claras diferencias entre sí. La primera de ellas es la que Mario Rapoport (2007) denomina como “industrialización espontánea” y se extiende de 1930 a 1945. La segunda está vinculada a las presidencias de Juan D. Perón, desarrolladas entre 1946 y 1955. Finalmente, la tercera etapa se caracterizó por su componente *desarrollista* y tuvo lugar desde 1955 hasta 1976.

El marco impuesto por la primera posguerra estuvo signado por un mundo crecientemente proteccionista y un comercio internacional prácticamente paralizado. A su vez, estas condiciones se vieron severamente agravadas tras el *crack* de la bolsa de Nueva York, en octubre de 1929. En tales circunstancias, Argentina inició una larga etapa de industrialización que vino a romper con más de 50 años de modelo agro exportador. El proceso partía, sin embargo, de una fuerte desigualdad originaria dada por la

forma específica en la que el progreso técnico se había generado y difundido a través de la división internacional del trabajo.

El proceso de sustitución de importaciones que emprendió entonces la Argentina fue en gran medida una consecuencia de la necesidad y no un producto la voluntad política. El principal objetivo era hacer frente a la coyuntura que la crisis mundial había generado. De este modo, los primeros pasos hacia la industrialización supusieron el desarrollo de actividades tecnológicamente sencillas y a pequeña escala, marcando en la estructura productiva dos rasgos fundamentales: especialización en ciertos productos básicos y pronunciada heterogeneidad en el desempeño productivo de los diversos sectores de actividad (Rodríguez, O.; 2001). Así, los rubros más dinámicos en estos años fueron las actividades relacionadas con insumos locales (especialmente los textiles) y la metalurgia liviana. Posteriormente, este nuevo escenario daría lugar a un comportamiento cíclico de la economía, con episodios de restricción externa que surgían del elevado consumo de bienes duraderos combinado con una estructura de oferta insuficiente y dependiente del nivel de importaciones (Pinto, A.; 1971). No obstante ello, durante los años que siguieron a la Gran Guerra, y a lo largo de casi medio siglo, el sector industrial se constituyó en el eje central del dinamismo económico, con creciente generación de valor y aumento permanente de su participación en el producto total. Un ejemplo de ello es que el PBI industrial se duplicó entre los años 1935 y 1939 y volvió a duplicarse durante la segunda guerra mundial.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el Estado argentino comenzó a cobrar una mayor injerencia en cuestiones económicas, rompiendo con el predominio del modelo librecambista, al generar los incentivos para la radicación de diversas empresas extranjeras⁶ en el país que tenían dificultades para importar su producción. De esta forma, se fue dando un nuevo impulso, de mayor significancia, a la sustitución de importaciones, dadas las necesidades de contar con proveedores locales de partes y piezas.

El Censo Nacional de 1946 resume el éxito parcial respecto de 11 años atrás: de poco más de 40 mil establecimientos industriales en 1935 la cifra había crecido a más de 86 mil, para llegar a casi 150 mil en 1954. Ello se tradujo además en una fuerte creación de

⁶ Se destacan los casos de Osram, Siemens, Bayer, Firestone, Good Year, entre otros.



empleo en el sector, pasando de 526 mil ocupados a más de 1,1 millón en 1946 y más de 1,2 millones en 1954, en gran parte obreros (ver cuadro).

	Sector industrial	
	<u>Establecimientos</u>	<u>Ocupados</u>
1935	40.604	526.495
1946	86.440	1.107.829
1954	148.371	1.273.069

Fuente: Elaboración propia en base a censos nacionales

Por su parte, la industrialización promovida por el peronismo se diferenció profundamente de la acontecida durante el ciclo anterior en varios aspectos. El primer rasgo fundamental fue que durante la primera presidencia de Perón se buscó sostenidamente la ampliación del mercado interno a través del incremento en el consumo de las masas. También se recurrió a la promulgación de leyes laborales que brindarían mayor estabilidad y remuneraciones a los trabajadores y, finalmente, se ampliaron las potestades y el tamaño del aparato estatal para potenciar su intervención en la economía.

El proceso de industrialización basado en el desarrollo del mercado interno y las industrias livianas fue dando paso en los años 50 a otra etapa, caracterizada por la creación de industrias básicas, la necesidad de capitales externos y la evolución del aumento salarial ligado al incremento de la productividad. También es digno de destacarse que durante la etapa final de este proceso de industrialización se produjo un incipiente intento de exportación de manufacturas.

En conjunto, la etapa 1946-1955 arrojó un fuerte crecimiento durante los primeros años y un importante crisis entre 1950 y 1952. Entre sus aspectos más destacables debemos señalar que se produjo una apreciable mejora en la distribución del ingreso, a través del cual los sectores asalariados llegaron a tener una participación del 50% del ingreso nacional. También se pusieron en vigencia una serie de leyes que aumentaban las retribuciones al trabajo (como la introducción de aguinaldos, vacaciones pagas, convenios colectivos de trabajo, etc.) y garantizaban ingresos a aquellos trabajadores que se encontraban fuera del mercado laboral, ya sea de manera temporal o definitiva (jubilaciones y pensiones).

Asimismo, se emprendió la concesión de prestaciones para los sectores de más bajos ingresos, como construcción de viviendas populares, hoteles sindicales, etc. y la transferencia de ingresos a sectores que se consideraban estratégicos (como la industria) mediante una política crediticia y mecanismos institucionales de manejo del comercio exterior. Finalmente, también tuvo lugar un proceso de nacionalización de las empresas de servicios públicos, especialmente durante los primeros años de gobierno, que contribuyeron a consolidar el rol del Estado en la economía.

Posteriormente, ya con el gobierno de Arturo Frondizi, las actividades industriales comenzaron a ser el motor de crecimiento de la economía, creando empleo y convirtiéndose en la base fundamental de la acumulación de capital. Durante esos años también se logró forjar en nuestro país una capacidad tecnológica y de saberes técnicos muy destacada en el ámbito latinoamericano. En este grupo se encontraba la industria automotriz, diferentes ramas del sector metalmecánico y el complejo petroquímico. Si bien no existía una gran escala de producción, ya que la producción se destinaba principalmente al mercado interno, y se estaba relativamente lejos de la frontera tecnológica internacional, el escenario fue propicio para la generación de un tejido social y productivo cohesionado con una acumulación de conocimiento significativa. En términos sectoriales, además de la fuerte presencia del sector de alimentos y bebidas, se destacó el crecimiento de la actividad textil, la aeronáutica en Córdoba, otras ligadas a la defensa nacional, tractores, metales, vehículos, maquinarias y electrodomésticos. También en la división geográfica emergían nuevas condiciones, en particular con los avances en la producción de yerba mate, algodón, frutas, entre otros.

Es importante destacar que durante este período de industrialización no se volvió a caer en ciclos de fuerte endeudamiento externo como los que habían caracterizado a la etapa agroexportadora pero, en vez de ello, se produjeron sucesivas y recurrentes crisis de la balanza de pagos. Este fenómeno fue conocido como “*stop-go*”, y era consecuencia de los desequilibrios estructurales que se producían entre requerimientos del proceso de industrialización local, que demandaba divisas pero era incapaz de generarlas, volviéndolo dependiente de las exportaciones agropecuarias, que generaban dichas divisas necesarias para la importación de insumos industriales.



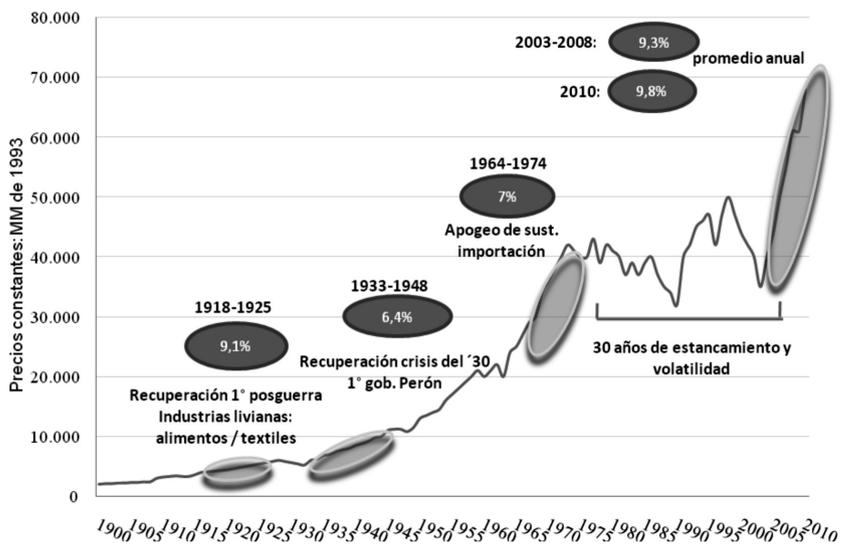
De esta manera, los ciclos económicos estaban ligados a la evolución del mercado interno y a la de los mercados externos. En la etapa de auge, ante el aumento de la producción industrial derivada del incremento del consumo doméstico, se incrementaban las importaciones para comprar bienes de capital e insumos básicos y se reducían los saldos exportables a causa de la mayor demanda interna originada en la suba del salario real y de los niveles de ingresos. Pero este proceso causaba recurrentes déficits en la balanza comercial y la disminución de las divisas consecuente llevaba a una devaluación que generaba un aumento del precio de los productos agrarios exportables y de los insumos importados, así como una caída de los salarios reales. Todo esto se traducía en crisis del sector externo, procesos inflacionarios, estancamiento del consumo y políticas monetarias restrictivas.

Desde lo institucional, se destacó la creación del Banco de Crédito Industrial Argentino, orientado al financiamiento a pequeñas y medianas empresas, el Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio, el Instituto Nacional de Tecnología Industrial, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y la Comisión Nacional de Energía Atómica, de fuerte importancia para el rumbo que tomaría desde entonces la investigación científica y técnica. La otra cara de la moneda de estos avances fue la ya mencionada necesidad de importar muchos de los bienes intermedios y equipos para la producción, ante el escaso desarrollo de una industria nacional de base, productora de bienes de capital e insumos industriales. Esta circunstancia ponía de manifiesto, ya por ese entonces, la necesidad de avanzar en un mayor autoabastecimiento en estas áreas. Si bien este desequilibrio fue en parte atenuado por la inversión extranjera⁷, nunca llegó a ser resuelto.

Como resumen, podemos señalar que el proceso de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) que se inició durante los años de entreguerras y se profundizó tras la Segunda Guerra Mundial, implicó un notable desarrollo de la estructura económica argentina. A pesar de que experimentó diversas crisis en la balanza de pagos y brotes inflacionarios, su balance global es sumamente interesante. Entre comienzos de la década del cuarenta y promediando los setenta, la industria tuvo un crecimiento anual de 5,4%, superior al del PBI (3,8%), llevando la participación del sector de

⁷ Que se tradujo en el ingreso de fábricas como Fiat, Mercedes Benz y Kaiser, entre otras.

Evolución histórica del Producto Industrial
 En millones de pesos a precios constantes de 1993



Fuente: Plan Estratégico Industrial 2020, Ministerio de Industria de la Nación

15 a 30%, implicando no solo un avance cuantitativo sino también una mejora cualitativa, con una matriz productiva más densa y diversificada. Si bien la conformación resultante presentaba algunos problemas estructurales, hacia 1974 la Argentina contaba con el sector industrial más desarrollado de Latinoamérica, un desempleo en torno a 4%, un escaso nivel de desigualdad con GINI de 0,36 y una incidencia de la pobreza que no superaba el 5%.

Ayer II: el mundo al ritmo de las finanzas

A nivel global, el régimen de acumulación industrial de la posguerra mundial alcanzó su cenit en los primeros años de la década de 1970, cuando el crecimiento sostenido de las décadas precedentes dio paso al estancamiento y a una posterior depresión. Pero en realidad el régimen ya venía exhibiendo signos de agotamiento desde unos años antes. De este modo, el crecimiento de la economía mundial comenzó a desacelerarse significativamente en 1973 y cayó desde 1974.

Esta circunstancia se debe tanto a factores estructurales propios del patrón de acumulación como a *shocks* externos, siendo ejemplos de esto último el aumento del precio del petróleo y de las materias primas. Probablemente estos últimos le dieron el golpe de



gracia a la subsistencia del régimen, pero sus causas fundamentales debemos buscarlas en el agotamiento de sus dispositivos de reproducción internos. La situación de la moneda de los Estados Unidos se fue deteriorando de manera sostenida a lo largo de toda la década del 1960 como consecuencia del déficit sistemático que arrojaba su balanza de pagos. Esta situación estuvo originada en los aumentos de productividad experimentados por los demás países desarrollados, con Alemania y Japón a la cabeza, cuyas mercancías en muchos casos eran más competitivas que las de EE.UU. Mientras el descubierto de la balanza comercial del país norteamericano se acrecentaba, los superávits que arrojaban las de los otros países eran sumamente importantes. De esta forma comenzó a socavarse irremisiblemente el equilibrio esencial sobre el cual había nacido el sistema de Bretton Woods. Como señala van der Wee (1997), entre 1964 y 1969 Japón y Europa Occidental registraron superávits en sus respectivas balanzas de pagos por valores que oscilaban entre 2.500 y 6.000 millones de dólares, y hacia finales de la década, los Estados Unidos tendrán por primera vez en el siglo XX una balanza comercial deficitaria.

Desde mediados de la década de 1960, Europa Occidental y Japón ya habían alcanzado su plena recuperación y sus mercados internos estaban dando muestras de saturación. Por lo tanto, para continuar expandiéndose era imprescindible que crearan mercados para la exportación de sus mercancías. Esto redundaría en la caída de la participación de los Estados Unidos en el comercio mundial, mientras sus niveles de importación se incrementaban considerablemente. Así, en el país norteamericano comenzarían a verse afectadas determinadas industrias que perdían competitividad y se generaría una disminución de la demanda efectiva, que sería temporalmente compensada por la Guerra de Vietnam. Además, como veremos más adelante, en este contexto comenzó una nueva política de sustitución de importaciones en muchas regiones del tercer mundo, como América latina, lo que se vio alentado por el impulso de muchas corporaciones multinacionales de instalarse en ultramar. Sus efectos para los Estados Unidos fueron nocivos, ya que por un lado, aumentaban la competencia externa de bienes transables y, por el otro, disminuía la demanda efectiva de fuerza de trabajo en su propio territorio.

Pero la caída de la tasa de ganancia y la productividad de buena parte de las corporaciones en los Estados Unidos, que se acentuó

durante el último tercio de la década de 1960, comenzó a presionar los precios al alza, lo que se vio dramáticamente agravado por el mercado de eurodólares⁸. A esta situación debemos sumar los efectos de los crecientes gastos militares por la guerra que se estaba sosteniendo en el Sudeste asiático y las inversiones de las empresas norteamericanas en el exterior, donde las tasas de rentabilidad eran mayores. Estos hechos significaban una continúa e ingente salida de capitales desde los Estados Unidos hacia el resto del mundo que generarían tensiones fatales para la estabilidad monetaria del país norteamericano. Frente a este escenario, el presidente de los Estados, Richard Nixon, tomó la determinación de suspender la convertibilidad del Dólar en agosto de 1971, clausurando de esta manera las condiciones del sistema monetario internacional acordadas en Bretton Woods. Esta medida llevó, tanto en el plano interno como en el externo, a una aceleración de la inflación que fue fundamental para erosionar las bases del régimen de acumulación que todavía se sostenían en pie. Después de la devaluación se instaló un nuevo tipo de cambio flotante, y a menudo muy volátil, que reemplazó al sistema monetario de posguerra.

La desaparición del sistema de paridades monetarias fijas llevó a una disminución del comercio mundial, lo que impulsó a muchos gobiernos a aplicar políticas de expansión monetaria y ampliación del crédito para revertir sus efectos. Esto provocó una intensificación de la espiral inflacionaria surgida de la puja precios-salarios, potenciada por la coyuntura del pleno empleo sostenida principalmente en gran parte de Europa Occidental. Este recalentamiento en las economías desarrolladas tuvo efectos sobre las materias primas y los alimentos. Durante ese mismo periodo 1972-1973 los precios de los productos primarios (sin contar los energéticos) aumentaron un 63% y en total de los tres años 1971-1974, casi un 160%. Ante estas circunstancias, muchos gobiernos optaron por dar un golpe de timón y comenzar a aplicar políticas restrictivas para enfriar sus respectivas economías. Para completar el cuadro de agotamiento de los principios de Bretton Woods, debemos

⁸ Los eurodólares son depósitos en dólares estadounidenses que se mantienen en bancos fuera de EE.UU. por lo general en instituciones europeas, y comúnmente son usados para realizar transacciones internacionales. Estas divisas no están bajo la jurisdicción de la Reserva Federal, por lo tanto, estos depósitos están sujetos a una menor regulación que depósitos similares en los Estados Unidos.



añadir las consecuencias que tuvo la crisis del petróleo, que en octubre de 1973 llegó a cuadruplicar el precio que había el barril mantenido durante de las dos décadas precedentes, desbaratando la estructura de precios del comercio internacional.

De esta forma, a partir de la segunda mitad de 1974 sobrevino una severa recesión como no se había vivido desde la década del 1930. Muchos países arrojaron tasas de crecimiento negativas, al punto que el producto anual medio de los países de la OCDE en conjunto se redujo por primera vez desde su creación, en 1960. La producción industrial se redujo, disminuyeron los *stocks* y el volumen de comercio mundial decreció mientras que la desocupación aumentaba, llegando a alcanzar a 7 millones de personas dentro de los países de la OCDE para el periodo 1974-1975.

Surgimiento y consolidación del nuevo patrón de acumulación

Ante el agotamiento del patrón de acumulación industrialista de las décadas de 1950 y 1960, se produjo un proceso de transición hacia un nuevo orden económico mundial que tendría características muy distintas al anterior. En primer lugar, se evidencia la ausencia de un consenso internacional para la constitución de un sistema monetario que reemplazara al de Bretton Woods. En lugar de eso, desde mediados de la década de 1970 se liberalizaron los tipos de cambios, lo que progresivamente derivó en altísimos tipos de interés de los países centrales a comienzos de la década siguiente. Estos provocaron drásticas transformaciones en el escenario laboral y productivo de esos países, así como tuvieron un fuerte impacto en las deudas externas contraídas por los países periféricos.

Simultáneamente, a nivel global se emprendieron reformas institucionales que condujeron a la autonomía de los bancos centrales y estos, en línea con los nuevos discursos dominantes, pasaron a preocuparse por controlar los procesos inflacionarios, dejando de lado funciones vinculadas al empleo o la distribución del ingreso. A su vez, las medidas en materia de política económica se orientaron básicamente en dos grandes líneas: acondicionar el mercado laboral con el objetivo de disciplinar a los trabajadores y desregular los mercados, tanto de bienes transables como financieros. Por su parte, las políticas monetarias se enfocaron en garantizar los ya mencionados tipos de interés reales positivos. Por último, todo

eso se complementó con una notable retracción a nivel global del rol del Estado en la economía, materializado en la privatización de los servicios públicos, los recortes de los gastos sociales, el equilibrio fiscal, etc.

Como consecuencia de todo ello, el sistema financiero comenzó a arrojar mayores tasas de rentabilidad que el sector industrial o el comercial. Las desregulaciones acaecidas en las distintas esferas de la economía ensancharon los espacios de valorización del dinero y provocaron una afluencia de capitales a las actividades relacionadas con la circulación en detrimento de las demás. Como vemos, a partir de mediados de los años setenta, el nuevo patrón de acumulación se caracterizó porque la esfera de la circulación (en particular, el sector financiero) comenzó a exhibir un mayor dinamismo que la esfera de la producción. Estas son, de manera muy resumida, las características que definen al modelo global de valorización financiera.

Ahora bien, los conductores de este proceso que se ha desarrollado durante los tres últimos decenios hay que encontrarlos en espacios no necesariamente ligados a lo económico. Por un lado, la revolución tecnológica de las telecomunicaciones y la información ha jugado un rol crucial para posibilitarlo y, por el otro, la desregulación de los mercados de trabajo y financieros ha sido crítica para su desarrollo. Estos factores impactaron en la esfera de la circulación en general, y de las finanzas en particular, impulsando fuertemente la marcha de los cambios.

Como dijimos, el crecimiento de la productividad para el conjunto de la economía ha sido deficiente desde finales de los años setenta entre los países desarrollados, siendo particularmente débil en el sector manufacturero. Este mediocre crecimiento de la productividad está asociado a unos resultados exiguos, que incluyen una importante caída en la rentabilidad. En este contexto, el impacto de las nuevas tecnologías en la esfera de las finanzas ha sido decisivo, posibilitando el surgimiento de nichos de actividad con rentabilidades superiores a la media. Frente a un crecimiento declinante de la productividad industrial, la esfera de las finanzas, estimulada por el impulso de las nuevas tecnologías, ha sido capaz de expandirse más rápidamente que la producción. Paralelamente a estos nuevos paradigmas tecnológicos (expresados, en particular, en materia de información, comunicaciones y microelectrónica, entre otros), se produjo una segunda instancia



de valorización y rentabilidad, expresada en el surgimiento de las llamadas Cadenas Globales de Valor (CGV).

El otro de los factores que nos permite comprender este proceso es el de las transformaciones institucionales y legales, ocurridos desde finales de los años 70. Estas se han expresado fundamentalmente en dos ámbitos. La primera de ellas, es la desregulación de los mercados de trabajo. Los cambios en los procesos de trabajo y en el marco institucional y legal del mercado laboral, junto con el estancamiento de los salarios reales, han contribuido a la recuperación parcial de la rentabilidad desde comienzos de la década del 1980. La contrapartida de estos cambios ha sido el surgimiento y permanencia de niveles de desempleo superiores a los de las décadas precedentes, que simultáneamente presionaban hacia abajo el costo medio de la fuerza de trabajo. La segunda avanzada de desregulación se implementó sobre los mercados financieros. La liberalización financiera supuso inicialmente medidas para eliminar toda clase de controles, como los que se aplicaban a los tipos de interés y a los volúmenes de crédito concedidos por las instituciones financieras. Esta desregulación del límite cuantitativo y del precio del crédito se constituyó en el núcleo de la liberalización financiera en los países desarrollados. Sin embargo, como veremos posteriormente, desde comienzos de los años setenta, la tendencia liberalizadora también se extendió hacia los países en vías de desarrollo como la Argentina, donde fue introducida grandilocuentemente como un nuevo paradigma de desarrollo.

Una vez puesta en movimiento, la liberalización financiera adquirió un conjunto de nuevas características, como la formación y promoción de mercados de capitales, la eliminación de prácticas no competitivas entre los agentes del mercado, la financiarización de los ahorros privados y su canalización hacia los mercados de capital en forma de fondos de pensiones y seguros, la eliminación de los controles a los flujos de capitales externos, etc. Es importante destacar que este conjunto de transformaciones tuvo lugar durante un profundo proceso de cambio a nivel global. A comienzos de la década de 1990 desaparecía la URSS, y con ella un importante referente en el balance de poder a nivel global. En este nuevo escenario, los sectores gobernantes de la potencia subsistente, EE.UU., contaron con amplias libertades para expandir sus doctrinas, con todo el planeta como teatro de operaciones. De esta compleja manera, la desregulación financiera se convirtió

en una parte integral del Consenso de Washington, como se ha denominado al modelo que se promovió desde entonces en las economías periféricas, y que ha dominado el pensamiento sobre el desarrollo y la política macroeconómica.

Como resumen, el modelo de valorización financiera fue el resultado del desarrollo en las fuerzas y las relaciones de producción junto con los cambios en el marco institucional y legal de la acumulación. Este representaba una transformación sistémica de la economía que tuvo profundas implicaciones en la vida social. En términos históricos, la evolución de estas transformaciones ha sido gradual, comenzando a mediados de la década de 1970, pero ha tenido un impulso extraordinario desde la caída de la Unión Soviética, a comienzos de la década de 1990.

La evolución de la economía y la industria argentina

Como observamos, desde la segunda mitad de la década del setenta nuestro país se enfrentó a nuevas condiciones externas, que en el plano interno se tradujeron en un brusco cambio de política económica. La respuesta local no consistió en aprovechar los acervos tecnológicos acumulados en las décadas transcurridas, enfrentando sus dificultades y orientando la política económica a consolidar el proceso de desarrollo industrial. Por el contrario, se esbozó un plan de reforma estructural asociado a la apertura de la economía que implicó la desarticulación del aparato productivo. Ello no solo alteró la organización económica sino también la ocupacional, verificándose la destrucción de numerosas capacidades, conocimientos, equipamientos y recursos humanos en sectores de alta y media tecnología⁹ sin plasmarse como contrapartida una creación simétrica de nuevas capacidades en aquellos sectores intensivos en otro tipo de recursos. En este marco, el subempleo y la informalidad laboral aparecen como un reflejo de un desequilibrio estructural que incluso se fue ampliando en el tiempo.

El nuevo esquema se encontraba sustentado en la apertura irrestricta de la economía, liberalización del comercio exterior, la desregulación de los mercados y la entrada de capitales, la financiación

⁹ En Argentina, entre los sectores con transformaciones paradigmáticas puede señalarse la industria metalmecánica, la producción de bienes de capital, la industria automotriz y la electrónica (Kosacoff, 1993).



externa y la utilización del tipo de cambio como ancla nominal de estabilización, lo que derivó en fuertes apreciaciones reales. Además, a esta batería de medidas debemos sumarle la paulatina desarticulación del conjunto de políticas industriales implementadas durante las décadas previas (que van desde cuestiones tributarias hasta la política financiera). Como dijimos, todo esto estuvo enmarcado en los mencionados cambios en el desenvolvimiento del capitalismo a nivel mundial.

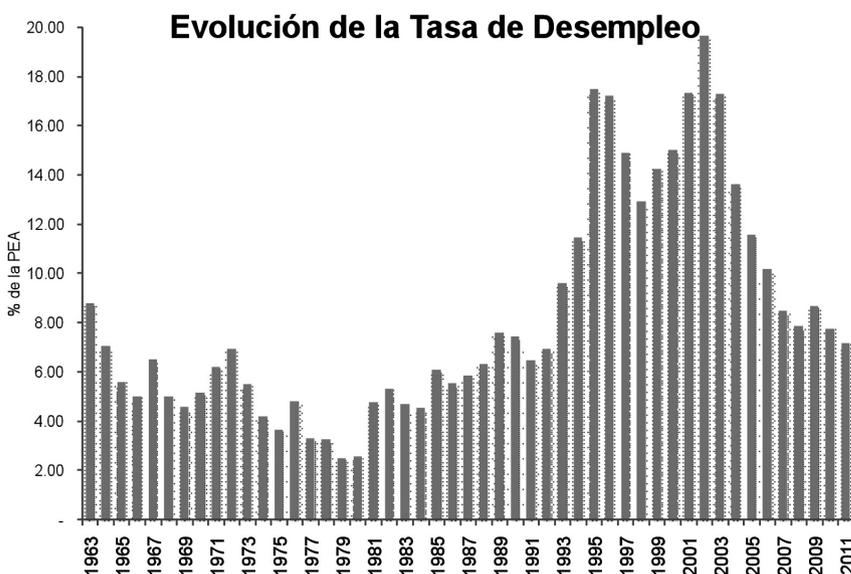
Frente al contexto macroeconómico surgido de estas políticas, gran parte del entramado industrial se vio abruptamente incapacitado para competir con los productos importados. Los precios relativos asociados a la apreciación real observada en cada ciclo, permitieron subsistir únicamente a los sectores más consolidados y con mayores ventajas comparativas estáticas. La estructura productiva enfrentó un sesgo en contra de la producción de bienes transables, favorable a actividades intensivas en capital, orientadas a los recursos naturales y al desarrollo de servicios con destino al consumo de altos ingresos (Porta, 2008).

Se iniciaba así un proceso de más de tres décadas de desindustrialización que culminó con la peor crisis de nuestra historia, sobre finales del año 2001. Para tomar dimensión del mismo, cabe decir que mientras que la industria pasó de representar 15% del PBI en la primera década del siglo XX a 28% en los años sesenta, hacia comienzos del nuevo milenio su participación se redujo a solamente 16% del PBI. Es decir, estaba en peores condiciones relativas que un siglo atrás. Asimismo, el comportamiento errático que tuvo el tipo de cambio real desde mediados de los 70, se reflejó en una continua dificultad de establecer el sendero de crecimiento al cual convergían las distintas variables del sistema económico, afectando así la toma de decisiones de producción.

Estos cambios dieron lugar a una nueva organización del aparato productivo, si bien igualmente heterogénea, muy diferente de la observada durante la etapa de industrialización por sustitución de importaciones, con una elevada importancia productiva y ocupacional de un estrato informal sumamente delicado, inestable y vulnerable a las fluctuaciones económicas, que representa no menos del 40% del total de ocupados. Esto le quitó conexión e interdependencia a la cultura organizacional y productiva de nuestro país, afectando la creación de empleo y ampliando las brechas sociales por el avance de la informalidad, la pobreza y la indigencia.

La desaparición de gran parte del tejido industrial -particularmente intensa durante los 90 y en el sector pyme- profundizó la masiva destrucción de empleos y de puestos de trabajo, afectando especialmente la tasa de empleo de tiempo completo de hombres y jefes de hogar, la cual pasó de 36% en los primeros años de la década del 80 a 32% a inicios de los 90 y 27,6% en el segundo semestre de 2001. De este total, y considerando las estadísticas del GBA, el estancamiento de la industria manufacturera explica 3,88 puntos de los 5,86 que cayó la tasa de ocupación de tiempo completo en el agregado, entre 1990 y 2001 (Damill y Frenkel, 2006).

La recesión económica iniciada en el tercer trimestre de 1998, cristalizaba el subdesarrollo nacional, socavando la sostenibilidad de un esquema cambiario que alcanzó su quiebre provocando la peor crisis socioeconómica en la historia de nuestro país. Durante esta última fase, el PBI real tuvo un caída anual promedio de 3,2%, ampliada a 5,3% en el caso de la industria, cerrando un ciclo que derivó en altas tasas de desempleo (en torno al 20%), subocupación (18,6%) e informalidad laboral (49%).



FUENTE: CEU UIA en base a datos de Fundación Norte y Sur e INDEC.

Frente a este contexto de volatilidad y continua pérdida de capacidades sociales y productivas, la respuesta empresarial fue



diversa y heterogénea, dando lugar a sectores y empresas (fundamentalmente orientados a los recursos naturales) que lograron articularse con este contexto global y pudieron sortear las recurrentes crisis alcanzando niveles de productividad acordes a las mejores prácticas internacionales. Sin embargo, los casos exitosos no lograron generar los niveles de demanda de inversión y empleo para hacer frente a la desarticulación del resto de las actividades industriales.

Hoy: la argentina, la dinámica de la transición global y algunas reflexiones para el futuro

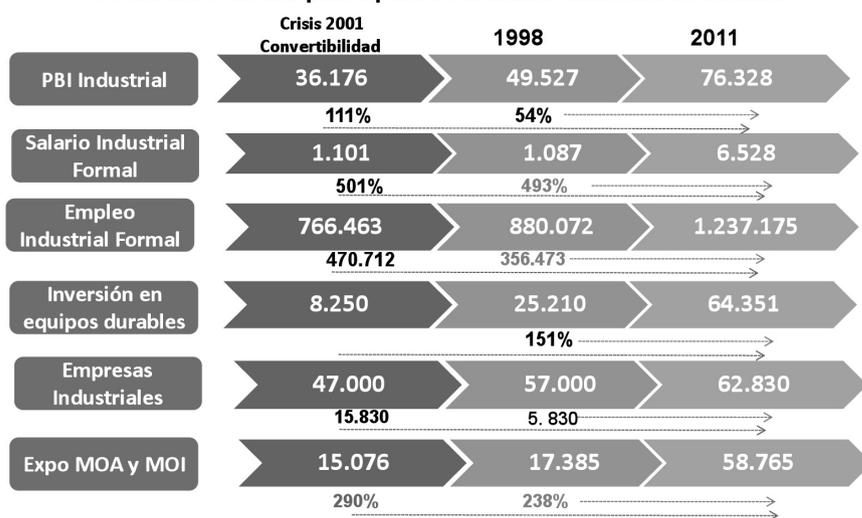
Para comenzar a exponer las conclusiones de este trabajo es menester que comencemos presentando la evolución económica e industrial de la Argentina tras el estallido de la crisis de 2001 que derivó en la salida del régimen de convertibilidad y la devaluación del tipo de cambio a comienzos de 2002. Estos dos hechos produjeron un cambio radical en diversos aspectos de la economía local, como los precios relativos, modificando a su vez las rentabilidades sectoriales y favoreciendo la orientación productiva hacia la elaboración de bienes transables (Coatz-Kosacoff, 2011).

A pesar de que, derivado de las inconsistencias de los programas de ajustes y endeudamiento de los últimos años de la convertibilidad, los costos de la salida del régimen de convertibilidad fueron elevados, tanto en términos económicos como sociales, hacia el segundo trimestre de 2002 se manifestó de forma evidente una sostenida recuperación. La demanda interna y la externa traccionaron la producción de bienes y servicios, dando comienzo a un sostenido proceso de crecimiento económico con generación de empleo y paulatina recuperación de los salarios que primero se expresó en los tramos formales de actividad y luego en los informales. Esta dinámica generalizada de repunte fue especialmente visible para el caso de las micro, pequeñas y medianas empresas de los todos sectores de actividad.

Al abrigo de una mayor protección efectiva, derivada del sostenimiento de un tipo de cambio real más elevado, muchas actividades recompusieron su competitividad precio e iniciaron una trayectoria de expansión que se vio impulsada tanto por la demanda externa como -y principalmente- por la demanda doméstica. La expansión de la absorción doméstica fue sustentada por diversas

medidas que atemperaron los efectos contractivos de la devaluación, derivados de la caída inicial de los salarios reales. Cabe mencionar en particular el despliegue del Plan Jefes y Jefas de Hogar, el fortalecimiento paulatino de la política de ingresos y la aplicación de derechos de exportación compensatorios a determinados productos ligados a la canasta de consumo. Por otro lado, la capacidad de ejercer una política cambiaria efectiva estuvo sostenida por la obligatoriedad de liquidar las divisas. Simultáneamente, esta coyuntura se vio favorecida a partir de 2006 por la suba de los precios de las materias primas en el contexto internacional (principalmente asociada a la expansión de China e India), la caída de los precios de importación y las bajas tasas de interés.

Evolución de las principales variables macroeconómicas



Fuente: PIB e Inversión en millones de pesos a precios de 1993. Empleo industrial formal, SIPA. Expo MOA y MOI en millones de dólares ICA.

Es importante destacar que la recuperación del sector el industrial en particular se encuentra en la base del repunte y el crecimiento de la última década. Entre 2002 y 2007 la industria manufacturera fue el sector de mayor contribución al crecimiento del PIB, explicando casi 20% del total. En este lapso la producción industrial creció 64%, quince puntos por sobre el crecimiento del PIB, recuperando participación (19,4% promedio entre 1991-2001, 23% 2002-2007).

Aunque en líneas generales todos los bloques participaron de la expansión, la estructura de los nuevos precios relativos implicó

que aquellos sectores intensivos en mano de obra y en ingeniería tuvieran un dinamismo aún mayor. En este sentido, las ramas que durante 2002-2007 tuvieron los mayores crecimientos fueron las de mayores retrocesos relativos durante la convertibilidad: producción textil y confecciones, metalmecánica -excluido maquinaria-, materiales para la construcción, audio y video, maquinaria y equipo eléctrico y automotores.

Dentro de este esquema de crecimiento podemos señalar distintas etapas. En una primera instancia que se extiende de 2002 a 2004, la producción industrial aumentó sustentándose en una mayor utilización de la maquinaria instalada ociosa. Pero a partir de 2004 la inversión en nueva maquinaria y equipo comenzó a jugar un papel relevante, tornándose el motor principal desde 2006 en adelante. En este último año, el incremento en la utilización de la capacidad instalada solo explicó el 6% del aumento en las cantidades producidas, debiéndose atribuir, por lo tanto, el 94% restante a mejoras en los procesos productivos y a ampliaciones en el aparato productivo. Por su parte, en 2007 la ampliación en la capacidad instalada estimada rondó el 7,1%, moderándose levemente en 2008.

En este marco, la recuperación y el crecimiento de los niveles de actividad derivaron en un notable dinamismo en el mercado de trabajo, en particular en las ocupaciones formales: entre 2002 y 2007 se crearon más de 2.5 millones de puestos de trabajo formales, de los cuales 435.000 correspondieron a la industria manufacturera, que aportó un 17% del total de nuevos puestos de trabajo. Le siguieron en importancia la dinámica del sector inmobiliario (+15%), del comercio (+15%) y de la construcción (+13%). Simultáneamente, la tasa de empleo pleno creció desde su piso en mayo de 2002 (25%) hasta un promedio de 38% en 2007, presionando a la baja los índices de desempleo (de 21,5% a 8,5% durante el mismo período). Este notable dinamismo en el mercado de trabajo derivó de la fuerte recuperación de la demanda de empleo. Como manifestación clara de esta recuperación la elasticidad empleo-producto se mantuvo en un promedio superior a 0,6 entre 2003 y 2008, casi triplicando la media de 0,24 entre junio de 1991 y la primera mitad de 1998.

En resumen, podemos afirmar que en la etapa que sigue al quiebre de la paridad cambiaria las condiciones macroeconómicas operaron favorablemente para la recuperación a través de un

tipo de cambio competitivo, bajas tasas de interés y un reacomodamiento de precios relativos internos. Este nuevo escenario contribuyó a fomentar las exportaciones e incentivar un proceso local de sustitución de importaciones que se vio consolidado por la vigorosa expansión de la demanda interna. Si bien es real que tanto la sostenida demanda global de bienes como las mejoras en los términos de intercambio jugaron un rol importante en dicho proceso, es necesario destacar que la dinámica macro y microeconómica argentina presentó rasgos propios que fueron más allá de las buenas condiciones del contexto internacional.

El escenario global y los desafíos para el futuro

El año 2008 ha significado un punto de quiebre insoslayable para el orden económico mundial. Desde entonces, el mundo se encuentra sumido en una profunda crisis, tanto coyuntural como estructural, y en buena medida la principal dificultad para salir de la crisis coyuntural es consecuencia de su aspecto estructural. Además, a diferencia de las crisis recientes, esta se refleja no solo en el nivel económico, sino también en el geopolítico. El surgimiento de China como actor protagónico no es tan lineal como muchos lo pronosticaron y todo parece indicar que el mundo del futuro abandonará definitivamente el cómodo esquema bipolar de antaño para adoptar uno multipolar, con alianzas cruzadas y cambiantes que serán la norma por varias décadas.

Esta multipolaridad implica un cambio copernicano en el diseño de las estrategias de política exterior, cuyo foco debiera residir en la definición clara de los intereses propios y la lectura pragmática de los intereses de los demás actores. En el nuevo escenario global no hay buenos ni malos actores *per se*, sino países que encuentran un mayor o menor nivel de funcionalidad en las relaciones *inter-nacionales* de acuerdo con sus metas y fines. En este contexto, la economía y la política mundiales se convierten en la arena de disputa de dos grandes objetivos: los recursos naturales y la agregación de valor. La inercia adquirida por dicho escenario invita a la Argentina a concentrarse en alcanzar la primera y dejar escapar la segunda. Pero el desafío de nuestro país -y de casi toda la región- es lograr alcanzar ambas para no caer en el peligro mayor de nuestra era: la primarización de nuestras economías.

Según datos de la CEPAL, Argentina es el país que más se industrializó en la región en la última década. Durante el periodo que

se extiende entre 2000 y 2010 nuestro país mantuvo una participación estable de las exportaciones industriales en sus exportaciones totales superior al 60%(MOA+MOI). Sin embargo, la presión recibida por el contexto global es hacia la desindustrialización, debido al boom de consumo de materias primas por parte de los países emergentes. Por ello, evitarla implica un conjunto coordinado y sólido de políticas cuyos lineamientos deben ser claros y dinámicos. En este sentido, el Estado tiene un rol clave para articular dichos objetivos con eficacia. Así, la política de desendeudamiento de la última década puede ser entendida como una consecuencia del cambio de paradigma en relación con la intervención del Estado en la estrategia económica del país y en la forma de integrarse al mundo, desde una posición de mayor independencia y soberanía para resistir a las presiones del contexto global.

En ese conjunto, la política comercial es clave, ya que constituye la bisagra entre la tendencia a la primarización y la voluntad de industrialización. Dentro de ella, la consigna debe ser la potenciación de cadenas de valor nacionales y su inserción en esquemas de agregación de valor regionales. Integrarse “bien” al mundo actual es negociar de manera inteligente y en base a intereses concretos y tangibles en todos los foros destinados a ello, abarcando desde la OMC a los esquemas regionales de integración. Pero esta no es una tarea fácil.

En la carrera por el desarrollo industrial, nuestro país arrastra un pesado lastre que se traduce en un déficit crónico de manufacturas de origen industrial (MOI). Solo para el año 2011 este alcanzó los 32 mil millones de dólares y sus principales generadores son China, Brasil, Estados Unidos y la Unión Europea. El caso de China es un ejemplo paradigmático de este proceso: el gigante asiático contribuía con el 7,6% del déficit en 2000 y pasó al 32,3% el año pasado¹⁰.

En este análisis, no podemos dejar de tener en cuenta que durante la crisis internacional de 2008/2009, la economía argentina manifestó mayor fortaleza y capacidad de reacción que en el pasado. Sin embargo, dinámica de crecimiento posterior adquirió matices que son propios de una mayor heterogeneidad microeconómica y delimitan un entorno más turbulento para la

¹⁰ Cabe destacarse que en el déficit con China están incluidos los componentes de Japón, Corea y Taiwán.

gestión macroeconómica, como la apreciación cambiaria, el drenaje de reservas, dolarización de activos, etc. Los desafíos que plantea el proceso de industrialización en marcha constituyen una de las claves para dar sustentabilidad a todo el sistema económico. Hasta ahora, la mayoría de las acciones emprendidas para aumentar la competitividad se centraron en los denominados “factores precio” (salarios, tarifas, tipo de cambio). Pero ante el escenario actual es muy difícil continuar con esa línea y, en su lugar, deben considerarse aquellas variables “no precio” de la competitividad. Tal es el caso de las políticas que favorecen la innovación tecnológica, el financiamiento de inversiones, la especialización productiva y comercial, la mejora en la diferenciación y calidad de la producción de bienes y servicios, y la infraestructura institucional.

En términos de inserción, Argentina está pronta a alcanzar un piso de debate como nunca antes lo había conseguido. Lejos de la dicotomía que oponía apertura económica a sustitución de importaciones, hoy el país puede apuntar a sus dos objetivos paralelos: la sustitución de importaciones para fomentar su industrialización y la sustitución de exportaciones para potenciar el valor agregado en sus recursos naturales. La clave radica en cómo consolidar y generalizar algunos avances que podrían llegar a conformar un núcleo dinámico de sectores y empresas para transformar la realidad productiva. La política comercial es uno de los instrumentos primordiales para esto, pero hay muchos otros que no son menos importantes. En este sentido, la premisa debe ser hallar el equilibrio para que la demanda crezca en forma sostenida con precios relativos acordes a la producción, junto con una política industrial integral.

Para concluir, resulta evidente que en el ámbito internacional contamos con más incertidumbres que certezas. Quizás por primera vez en muchos decenios, parece más claro el rumbo que debe tomar nuestro país que el que puede desenvolver el núcleo de países desarrollados. En este aspecto, existen algunas preguntas que por ahora resultan arcanos indescifrables: ¿Cómo y cuando se consumará la transición hacia un esquema multipolar definido? ¿Qué tan heterogéneos serán los ritmos de relevo de las principales economías emergentes (China, India, Brasil, Rusia) respecto de los viejos miembros del G-7? ¿Se producirá alguna reconfiguración sustancial en las relaciones entre Norte-Sur y Sur-Sur?



Es indudable que actualmente nos encontramos frente a un momento histórico que encierra una infinidad de incógnitas, desafíos y potencialidades. Al igual que hace 70 años atrás, el futuro es una hoja en blanco donde todo está por escribirse. Las condiciones de equilibrio preexistentes han demostrado estar agotadas y es necesario salir a la búsqueda de respuestas nuevas y superadoras. Por ello, consideramos que comprender las complejidades del mundo que se nos presenta desde una perspectiva macroscópica es una *conditio sine que non* para cumplir con los fines pretendidos. Dependerá de la suspicacia y convicción de nuestros dirigentes poder aprovechar este escenario para lograr consolidarnos en la senda del desarrollo. Y en este marco, consideramos que el rol de instituciones duraderas y coherentes como ADE es fundamental para ser interlocutores que en un debate profundo junto con la dirigencia política y gremial para sortear las encrucijadas que se plantean.

Bibliografía

Aglietta, M. (2009). *Regulación y crisis del capitalismo*. México: Siglo XXI. 1999

AA.VV. Las finanzas capitalistas. Para comprender la crisis mundial. Herramienta. Buenos Aires.

Basualdo, E. Concepto de patrón o régimen de acumulación y conformación estructural de la economía. Documento N° 1. Maestría en Economía Política, Área de Economía y Tecnología FLACSO-Argentina, marzo de 2007.

Basualdo, E. et al. (2002). *El proceso de privatización en Argentina. La renegociación con las empresas privatizadas*. FLACSO/Universidad Nacional de Quilmes/IDEP/Página 12.

Benz, W. y Graml, H. (1986). *El siglo XX. Europa después de la Segunda Guerra Mundial, 1945-1982*. Madrid: Siglo XXI.

Boyer, R. y Saillard, Y. (edit.), (1996). *Teoría de la regulación: estado de los conocimientos*. Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, UBA.

Casuccio, M. (2000). *Historia económica contemporánea*. Buenos Aires: Su libro.

Coatz, D. y Kosacoff, B. Un shock externo amortiguado: fortalezas y desafíos de la política económica argentina. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

De Miguel, M. y Coatz D. (comp.), (2011). *Nuevas miradas sobre economía heterodoxa*. Buenos Aires: Universidad de Ciencias

Empresariales y Sociales

Foreman-Peck, J. (1985). *Historia de la economía mundial*. Barcelona: Ariel.

Frieden, J. (2007). *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Gilpin, R. (1987). *The political economy of international relations*. Princeton: Princeton University Press.

Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Hobsbawm, E. (2007). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.

Lapavistas, C. (2009). Financiarización, o la búsqueda de beneficios en la esfera de la circulación. *Ekonomiaz*, 72, Tercer cuatrimestre, pp. 98-119.

Maddison, A. (2002). *La economía mundial. Una perspectiva milenaria*; OCDE; Madrid;

Maddison, A. (1997). *La economía mundial, 1820-1992. Análisis y estadísticas*. Madrid: Perspectivas OCDE.

Merchensky, M. (1979; 1959). *Las corrientes ideológicas en la historia argentina*. Buenos Aires: Crisol.

Minsky, H. (1977). "A Theory of Systemic Fragility". *Financial Crises: Institutions and*

Markets in a Fragile Environment. Altman, E. & Sametz, A.W. (eds.). New York: John Wiley and Sons.

Nigra, F. (2007). *Una historia económica (inconformista) de los Estados Unidos. 1865-1980*. Buenos Aires: Maipue.

Rapoport, M. (2005). *Historia económica, política y social de la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.

Real, J.J. (1976). *Treinta años de Historia Argentina*. Buenos Aires: Crisol.

Torrado, S. (1995). *Estructura Social de la Argentina*. Buenos Aires: De La Flor.

van der Wee, H. (1997). *Prosperidad y crisis. Reconstrucción, crecimiento y cambio, 1945-1980*. Barcelona: Crítica.